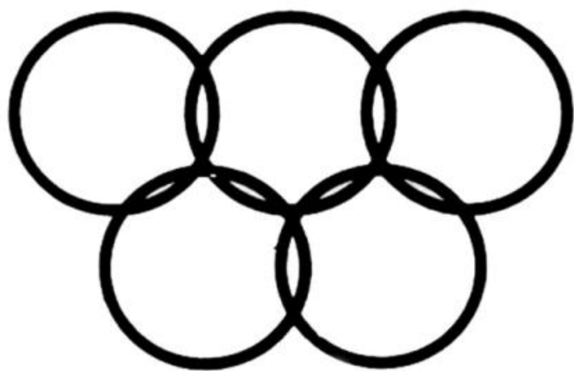


A BRAZO PARTIDO

Lucky Marty



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

A BRAZO PARTIDO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 11
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5

Depósito legal: B. 11.526-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

«Que no sea tu cuerpo la primera sepultura de tu esqueleto».

Girandone

CAPÍTULO PRIMERO

El incesante repiquetear de nudillos sobre la puerta, le hizo indicar a Mike Olin a la mujer rubia que gravitaba sobre él:

—Descabalga, nenita: ese pesado de White se empeña en entrarnos el desayuno.

Lúbrica, ardiendo en deseos de ser nuevamente poseída, la rubia Rossie jadeó, aún sobre el cuerpo del hombre:

—Olvida a ese maldito negro, mi amor... ¡Nadie le ha pedido el desayuno!

—Lo sube todos los días a esta hora, mujer.

—¡Me es igual! —insistió la mujer—. Ahora no tengo ganas de bollos y café... ¡Tengo ganas de ti, mi rey!

Pero a Mike Olin no le pasaba lo mismo. El fuerte castigo amoroso al que le había sometido su amiguita Rossie durante casi toda la noche anterior, le tenía muy fatigado. Por eso volvió a buscar la excusa en el criado del hotel y a su vez insistió, la voz más perentoria:

—Baja, nenita... ¡Ya está bien por hoy!

Qué remedio: era preciso obedecer.

Rossie Gayner sabía muy bien que, cuando su hombre decía una cosa, lo más prudente era plegarse a sus mandatos.

A Mike Olin no era hombre al que se le podía discutir: se le obedecía y en paz.

O había «jaleo», claro.

Así es que la rubia Rossie se incorporó, saltó del revuelto lecho para cubrir su espléndida desnudez con una bata de seda y, al empezar a caminar hacia la puerta, aún descalzada se desquitó musitando:

—¡Ese pelmazo me va a oír!

Desde la cama, tras encender el primer purito del día, Mike Olin recomendó:

—Nada de broncas, Rossie. El pobre chico cumple con su obligación.

—¿Pobre? Es un maldito negrazo entrometido. ¡Le voy a…!

Pero la mujer olvidó su contrariedad y amenazas, al abrir la puerta de la habitación y fijarse en el rostro del camarero de color quien tras mostrar toda su perfecta dentadura blanca, ofreció una amable y sumisa sonrisa al desear:

—Buenos días, señorita Gayner.

—¿Buenos? —volvió a repetir la joven—. Será para ti, pelmazo. ¿Quién te ha pedido que subas tan pronto?

—Son ya las doce, señorita Gayner.

—Bueno… ¿y qué?

—Es que… he creído conveniente que el señor se entere de la noticia. Yo…

La vista del criado bajó hacia la bandeja con los desayunos, donde varios ejemplares de la prensa se amontonaban y aún añadió:

—Me… me temo que no le va a gustar, señorita Gayner.

Tomando la bandeja para llevarla ella misma hacia el lecho, Rossie indagó:

—¿Qué pasa, White? ¿Ha estallado la guerra atómica?

—No, señorita… Pero para el señor Olin será algo peor.

—¡Basta de charla! —gruñó Mike Olin sentado en el lecho, tras lanzar hacia el techo de la habitación aritos de humo, que en vano luego intentaba atravesar con nuevas bocanadas.

Rossie cerró la puerta con el talón del pie y, ambas manos ocupadas con la bandeja, caminó hacia el lecho a su vez anunciando:

—Mira, cariño: White te ha subido toda la prensa de San Francisco.

Nada más dejar la bandeja sobre la cama, a Mike Olin se le cayó el fino purito de los labios.

Y no pudo cerrar la boca porque ante él tenía, y en la primera página del «Morning Star», una foto de su pupilo Jack Burns, aspirante al título de los pesos pesados, con toda la jeta vendada y en una clínica de Los Ángeles, donde había tenido que ser ingresado la noche anterior, debido a una pelea que había tenido con un joven camionero llamado Billy Conn, que le había partido la mandíbula.

Mike Olin devoraba con sus ojos saltones la crónica de la noticia y se negaba a dar crédito a lo que leía.

El criado negro había tenido fundamentos para su comentario.

Para un promotor de boxeo como Mike Olin, aquello era mucho peor que el estallido de la guerra atómica.

Hacía años que venía representando al bruto de Jack Burns, y ahora resultaba que su boxeador estaba en una clínica de Los Ángeles, con toda la mandíbula partida.

¡Y por un corriente y vulgar camionero!

—¡Diablos! —pudo al fin exclamar—. ¡Esto es mi ruina, Rossie!

Lo era porque, no solo Jack Burns no podría asistir a la próxima pelea que su *manager* va le había «preparado» con un triunfo por K.O. en el cuarto *round*, sino que también Mike Olin había metido muchas dólares en ese combate.

Hasta había tenido que «conceder» la ventaja de cuatro a uno amparándose en el secreto conocimiento de que su pupilo ganaría el combate.

¿Y ahora qué, con el estúpido de Jack Burns, tan seriamente lesionado?

Mike Olin saltó del lecho y se puso a maldecir y a blasfemar.

De sus labios no dejaban de salir sapos y culebras, hasta el punto de que Rossie tuvo que advertir:

—Vístete, cariño. Atraparás frío así.

—¿Frío, estúpida? ¡Estoy que ardo! ¿Es que no has leído? ¡Ese imbécil me arruinará!

—No hay para tanto, Mike: se aplazará la pelea y en paz.

—Pero ya lo tenía todo «arreglado». ¡Yo contaba con esas ganancias!

—La verdad: no sé cómo le ha podido ocurrir a Jack una cosa así. ¡Va a ser todo un campeón!

—¡Nada de eso! —rechazó colérico el promotor de boxeo—. ¡Jack es un imbécil ¡Un cretino! ¡Un estúpido, que se deja zurrar por un don nadie!

—¿No vas a almorzar?

—Sí… ¡Para eso estoy!

—Toma al menos un poco de café.

—¡Ni hablar! Necesito una ducha y luego un buen trago. ¡Vamos a ir ahora mismo a esa clínica de Los Ángeles!

—¡Oh, no, Mike! Yo necesito descansar.

—¿Sí, eh? Pues bien activa que te mostrabas hace poco —le recordó él, ya camino del baño.

—Eso es distinto, amor… ¿No puedes ir tú solo?

—¡No! Quiero que oigas todo lo que le voy a decir a ese patán.

Bajo la ducha, el furioso Mike Olin siguió temiendo que todos sus planes futuros ahora estaban en el aire. Se había tenido que mover mucho y astutamente, para que el bruto de Jack Burns ganase el combate que le había «preparado». En el enrarecido ambiente pugilístico se movían otros muchos «peces» gordos con no pocos intereses.

Bien: él había conseguido que si Jack Burns ganaba la próxima pelea, se firmaría otro contrato en Nueva York donde, de vencer también a Tommy Johnson, el camino para disputar el campeonato del mundo de los grandes pesos con el negro Kid Tano quedaba al alcance de sus puños.

Pero ahora, con la mandíbula partida…

Mike Olin volvió a renegar y a blasfemar, bajo la tonificante agua de la ducha. Frotaba su cuerpo con rabia y furia mal contenida, como si deseara triturar las carnes de su pupilo.

—¡Le mataré! —amenazó mientras salía bajo el agua—. Sí… ¡Le mataré por esto!

Allí estaba la servicial y siempre fiel Rossie, que recomendó al ofrecer la toalla:

—Cálmate, cariño. ¡Todo se arreglará!

—¿Cómo? ¡Voy a perder una montaña de dinero!

—Puedes apostar en otros combates.

—Pero no con la seguridad de ese, que se debía celebrar dentro de unos días.

—¡Bah! Un tipo tan listo como tú, bien que tendrá otros contactos, ¿no?

—No, Rossie. Esta vez no… Cada día todo esto está peor. ¡Se hace más arriesgado y difícil!

—No te puedes quejar. No te ha ido mal.

—Trabajaré lo mío, nenita.

—¿El traje marrón o el gris?

—¡El negro! Vamos a un funeral, preciosa.

—No le digas a los muchachos que hagan algo malo al pobre Jack.

—¿Al «pobre» Jack? Es una montaña de músculos, sin pizca de cerebro.

—Ya nos explicará cómo le ocurrió eso.

—¡Claro que lo hará! ¡O le arrancaré las orejas!

—Al fin de cuentas, es tú mejor boxeador, ¿no?

—¡Lo era! ¡Maldita sea! Ya le tenía encarrilado hacia la cúspide y ahora, el muy inútil… ¡Seguro que ha sido en una de sus borracheras!

—¿Los zapatos y la corbata también negros, mi rey?

—¡Sí! Te he dicho que vamos a un entierro.

—¡Qué manía! Si tus chicos liquidan a Jack, te quedarás sin la gallina de los huevos de oro, Mike.

—¡Eso es lo que le arrancaré! ¡Eso!

—Tranquilízate, cariño. Lo de la mandíbula de Jack se puede arreglar. Solo es cuestión de tiempo.

La mujer hizo una pausa también vistiéndose, antes de añadir:

—Pero si le castigas y te ves metido en un lío…

—Date prisa, Rossie. ¡Y no te emperifolles tanto, leñe!

—¿No te gusta que siempre esté bonita?

—Sí… Pero vamos a una clínica, no a una fiesta, mujer.

Y al instante, mientras cruzaba a grandes zancadas la habitación anunció a la mujer, aún entretenida en su *toilette*:

—Te espero abajo… Diré a White que nos prepare el coche.

—Voy ahora mismo, mi rey.

CAPÍTULO II

El «Chevrolet» volaba por la carretera que bordeaba la costa del Pacífico. Cuando el impetuoso Mike Olin se ponía ante un volante, casi siempre uno de sus pies pisaba a fondo el acelerador.

Era un hombre con prisas.

En cierta forma, desde muy niño Mike Olin siempre había tenido prisa. Incluso para nacer, puesto que vino al mundo a los siete meses del embarazo de su madre, justamente la noche que el autor de sus días se largó de casa para huir con una rubia despampanante.

Posteriormente, el pequeño Mike también tuvo que abandonar la escuela primaria prematuramente; un pequeño robo le llevó de cabeza al correccional a los nueve años, de donde se fugó a los once, repitiendo la hazaña a los doce y a los trece, saliéndose al fin con la suya cuando apenas había cumplido los catorce.

Por aquellas fechas, su padre se había cansado de la rubia desteñida y regresó al hogar, dispuesto a que su esposa le perdonase con la condición de que le mantuviese. El joven Mike no quiso vivir bajo aquel mismo techo y, como no tenía otra cosa mejor que hacer, se dedicó a robar coches.

Los del tutelar de menores pronto volvieron a tener que ocuparse de él, pero Mike Olin nuevamente volvió a fugarse.

Como se encontró sin un níquel y seguía con prisas por triunfar en la vida, su aventurera impaciencia le llevó a Las Vegas, quizá por aquello de que era la ciudad del juego y el azar, donde los afortunados o los astutos, podían hacer fortuna.

Naturalmente, antes tuvo que pasar por botones, lavaplatos, ayudante de cocina, portero de uno de los casinos y, circunstancialmente, por complaciente acompañante de ricas y caprichosas «damas» que acudían a la capital de Nevada para gastar sus dólares y conocer todos los placeres.

Ya casi un hombre, Mike Olin se complacía en prestarles su ayuda para ambas cosas.

Pero no encontró la suerte que buscaba.

Una mala noche, el marido de una de aquellas «damas» apareció en Las Vegas como descolgado en paracaídas. Al menos, eso pensó el joven Mike cuando vio aparecer al furioso individuo en la habitación del motel donde él estaba arrullándose con la voraz cuarentona y, ni corto ni perezoso, tras sacar una pistola le disparó un plomo en una nalga.

De cualquier manera, una cosa así habría pasado inadvertida en una ciudad tan agitada como Las Vegas, de no resultar ser el marido celoso nada menos que todo un senador de Washington, cuyo nombre y cargo hizo que la prensa se ocupase con cierto interés de todo aquello.

Tras ser atendido en el hospital, ya sin el plomo en la nalga, Mike Olin recibió una inesperada visita: dos tipos así de altos, así de musculosos y así de brutos, que encima le propinaron una soberana paliza.

Cuando terminó aquel diluvio de golpes, uno de sus atacantes le arrojó un fajo de billetes al suelo y le ladró, aún tonante y amenazador:

—Alguien quiere que te largues lo más lejos posible de Las Vegas. ¡Ahí tienes dinero para ello, guapo!

—Pe... pero yo... yo...

—Sin rechistar, o te partimos una pierna.

Mike se resignó, tomó el dinero, se incorporó y horas después ya estaba haciendo las maletas. Cerrándolas estaba cuando, de improviso, la cuarentona en cuestión se presentó en su apartamento, nada menos que con la amorosa intención de que Mike la llevase con él:

—¡Mi marido es un monstruo! ¡Un celoso! ¡Un canalla!

—Señora... Uno quiere vivir tranquilo.

—Pero tú me amas, ¿no es verdad, Mike?

Ya hacía años que Mike Olin no sabía lo que era verdad o mentira en la vida. Sus conceptos sobre las cosas andaban bastante confundidos y quizá por eso su respuesta ambigua fue:

—No lo sé, señora.

—Toma, cariño. ¡Te he traído mis joyas! Con eso podremos llegar hasta México los dos.

El astuto Mike lanzó una voraz mirada de reojo al brazalete de brillantes y a las otras alhajas. Sus ojos nunca habían visto una cosa

igual: todo aquello brillaba y despedía destellos muy tentadores y fugazmente tuvo una idea.

Una idea que también le pareció muy brillante.

—Espera aquí, nenita mía.

—¿Adónde vas, mi amor?

—A venderlas y a sacar los pasajes. Hay un vuelo a las 12.30, mi gordita querida.

La mujerona se resignó a esperar en aquel cuartucho maloliente.

Siempre se ha dicho que «el amor es ciego».

Pero Mike Olin no fue a sacar ningún pasaje. Con audacia y astucia se presentó en la *suite* del «Tropical», donde por todos los jaleos de la prensa sabía se alojaba el furioso senador celoso, presentándose ante el asombrado marido de la mujer que le esperaba y proponiéndole:

—¿Cuánto me da usted por todo esto, senador?

—¡Dios santo! ¡Son las joyas de mi esposa, bribón!

—¡Lo son, senador! Ella misma me las ha traído.

—¡Miente!

—Me está esperando en mi apartamento, señor.

—¡Les denunciaré!

—Hágalo y se verá envuelto en un nuevo escándalo, senador.

El político se lo pensó dos veces, ante aquella firmeza. Incluso se quitó la careta al comentar huraño:

—Ya le envié dinero, para que abandonase la ciudad.

—¿A mí, señor? —mintió Mike con todo su aplomo—. Solo me envió un par de matones, que me molieron a golpes.

—¿Cómo dice? ¿No le dieron dinero?

—Ni un centavo, señor.

Pausa. Silencio que se fue prolongando, hasta ofrecer:

—Tenga... Ahí tiene.

—Es poco, senador.

—¿Cómo se atreve? Encima pretende que...

—Le devuelvo las joyas, amigo... ¡Y a su esposa!

—Está bien... ¡Ahí tiene más!

Pero la mano del joven siguió extendida y el señor explotó:

—¡Todo esto me huele a chantaje!

—Lo es, senador. Pero piense bien y se dará cuenta que, usted sale ganando.

—Ahí va… ¡Pero ni un dólar más!

—Ni se lo pido: tendré bastante.

Mike Olin ya se retiraba de la elegante habitación, cuando a sus espaldas tronó la voz de aquel marido burlado, pero contumaz:

—¡Un momento, joven!

—Usted dirá, senador.

—¿Dónde puedo ir a buscar a mí esposa?

—No se preocupe: ella volverá, después de mi plantón.

—Chico listo, ¿eh?

—Lo soy, señor.

—Llegará lejos, joven.

—Eso espero… ¡Buen viaje de regreso a Washington, señor!

—¡Y usted váyase al infierno!

Por supuesto, Mike no fue a la morada del diablo, pero si al salón de juego del mismo «Tropical», dispuesto a apostar unos dólares en la ruleta. Aquel condenado, tapete verde le atraía como un imán y pronto, la caprichosa y saltarina bolita de marfil, se puso a quedar parada en números que el joven jugador no acertaba a apostar.

Tres horas después, volvía a estar sin un dólar.

Y lo peor era que no podía volver a su apartamento. Seguro que la rica cuarentona continuaba aun esperándole allí.

Miró en torno suyo y acertó a fijarse en una pelirroja con enormes delanteras, que parecía agitarse como una coctelera ante una de las máquinas tragaperras: aquella mujer movía su fabuloso trasero con movimientos excitantes.

Al instante, el experimentado Mike Olin la catalogó:

«Una marchosa… Está buscando fácil compañía».

Se acercó a la pelirroja y sin ninguna inhibición extendió significativamente una mano ante ella, proponiendo:

—Yo le daré suerte, señora… Permita que eche la moneda.

La mujer le miró de pies a cabeza y también le catalogó.

Pero consintió, aunque la tragaperras no soltó ni una moneda. Fue cuando le dijo como para consolarle:

—Juego solo cuando estoy aburrida. ¡No importa!

—Si le puedo servir para algo…

—Sí… Creo que sí, joven.

Un taxi oportuno les condujo por la calle principal repleta de

luminosos letreros y casinos, hasta un motel no menos oportuno.

Mike Olin así salvó la noche aquel día.

El almuerzo y el desayuno también, puesto que la pechugona pelirroja se mostró generosa con él.

Pero los problemas seguían. Continuaba sin un dólar y además, había prometido al senador de marras que abandonaría aquella ciudad. Con tipos de esa clase no se debe jugar: son poderosos y, a la larga, sale uno perdiendo.

Cansado, con el futuro muy negro y sin ninguna perspectiva que mereciera la pena a la vista, Mike pensó que ya podría regresar a su apartamento sin ningún peligro.

Hasta en eso se equivocó.

Los dos energúmenos que le habían zurrado estaban esperándole por allí, y el más alto y más bestia le salió al paso nada más ponerle la vista encima, con un saludo que no anunciaba nada bueno:

—¡Eres un mentiroso, gorrión!

—¿Quién… yo… yo…?

—¡Sí! —apoyó el otro, ya cerrando los enormes puños—. ¿Y sabes lo que les pasa a los que mienten?

—Sí… de pequeño me dejaban sin chocolatinas.

—¡Pues ahora te vamos a dejar sin huesos!

—¡Eh, un momento! Otra vez no… ¡no!

—¿Por qué le dijiste al hombre que nos contrató que no te dimos el dinero?

—¡Ah! ¿Es… eso?

—¡Sí! ¡Le mentiste!

—Bueno… Tuve una charla con él, pero yo… yo…

—Ya que lo dijiste así, nos devolverás el dinero.

—No… no lo tengo.

—¿Cómo?

—Lo… lo perdí en la ruleta.

—¡Vamos a sacarte las tripas!

—¡No, esperad! Tengo… ¡Tengo una idea mejor!

—Que sea brillante, o te la juegas, pichón.

Siempre astuto, el escurridizo Mike Olin les propuso con mucha calma su nuevo plan. Si aquel rico señorón les había contratado para que le propinasen a él una buena paliza, eso podía ser una buena noticia para los chicos de la prensa, siempre husmeando por

ahí en busca de algún artículo que escribir. Sería como anunciar al mundo que el dinero todo lo puede y que, los que disponen del vil metal, pueden ir libremente por ahí pagando puños para castigar a un pobre muchacho inocente, cuyo único «delito» había sido enamorarse de una mujer que le hizo caso.

—Eso no le gustará al senador —opinó uno de los brutos.

—Precisamente por eso pagará —se apresuró a apuntar Mike—. No le gustará remover más las cosas.

—¿Y si no suelta la pasta?

—Lo hará. ¡Es un tipo blando!

—¿Cómo lo sabes, renacuajo?

—¡Pisch! He tenido ya tratos con él.

Un silencio que no se prolongó mucho, hasta que uno de los brutos decidió:

—Los tres al «Tropical». ¡Hablaremos con ese ricachón!

—Siempre es mejor que darme otra paliza, ¿no creéis?

Ni que sí, ni que no. Pero los dos empezaron a caminar y Mike Olin pensó que, al menos momentáneamente, volvía a encontrar solución.

Así era su vida...

Mike Olin dejó de recordar su agitado pasado, al oír que junto a él Rossie comentaba:

—¿No estás corriendo mucho, cariño?

—Tengo prisa por llegar.

—Sí, claro... ¡Tú siempre tienes prisa para todo!

CAPÍTULO III

—Mike, amor...

—¿Qué?

—¡Tengo hambre!

—¡Te aguantas!

—¿No podríamos parar un poco en Santa Bárbara y comer un bocado?

—¡Está bien! Pararemos en Santa Bárbara.

—Tú también lo necesitas, mi rey. Recuerda que no quisiste desayunar nada.

—Se me atragantó la noticia que nos subió White.

—No pienses más en eso, cariño. ¡Te hace conducir como un loco!

—¿Quieres dejar de cotorrear? ¡Es tu charla la que me pone nervioso!

—Sí, eso... Échame la culpa a mí. ¡Como siempre!

—Cierra el pico, Rossie.

Le obedeció. Siempre le obedecía, porque era lo mejor. Lo más prudente, lo más sensato, si aspiraba a seguir junto a aquel hombre de genio violento, pero que se mostraba generoso con ella. Buenos vestidos, algún que otro abrigo de piel, perfumes de cien dólares la onza y de vez en cuando, cuando celebraban la victoria de algún combate, hasta un par de miles para que los gastase en lo que ella quisiera.

No estaba mal: otras tenían mucho menos que ella.

Pararon en un restaurante, de los muchos que se encontraban al borde mismo de la carretera. Y como los dos siempre iban muy elegantes, el camarero se mostró cortés y complaciente, adivinando la generosa propina.

Comieron con buen apetito, pero resultaron inútiles todos los esfuerzos de Rossie para entablar una conversación: Mike Olin estaba muy preocupado y hasta se le notaba en la forma de fumar sus largos y aromáticos puritos.

Era terrible verle expeler el humo. ¡Parecía un dragón chino!

Por eso Rossie se mantuvo también en silencio, dando con ello lugar a que Mike Olin volviese a sumirse en sus recuerdos.

En todo lo que había ido jalonando su aventurera vida, hasta llevarle a aquella situación…

Sí: volvió a recordar al par de bestias con los que hizo un trato, para que no le volvieran a zurrar otra vez.

Entre los tres, le volvieron a sacar pasta larga al senador. El tipo no quería más escándalos y solo aspiraba a arrastrar a su infiel mujer hacia Washington.

Era todo un cornudo, por supuesto.

—Eso le pasa por estar tan enamorado de su mujer —había comentado uno de los matones.

—¡Bien dicho, Bugy! —celebró el otro—. A las mujeres se las puede desear y utilizar… ¡Pero jamás amarlas de verdad ni llegar a quererlas con el corazón!

Con cierta ironía, Mike Olin les había mirado al burlarse:

—¿Filósofos, amigos?

—No… ¡Boxeadores! —aclaró el tal Bugy.

Tocándose el mentón aún dolorido, Mike había seguido comentando:

—Lo noté… ¡Buenos puños!

—Sí, pero nadie nos contrata.

—¡Ya!… Y por eso hacéis otra clase de «trabajito» de vez en cuando, ¿verdad?

—Ya me dirás, amigo. ¡Hay que vivir!

Mike Olin volvió a observar detenidamente a sus nuevos «amigos» y de pronto tuvo una de sus brillantes ideas, proponiendo:

—¿Qué tal si nos asociamos?

—¿Los tres?

—Sí… Vosotros seréis la fuerza y yo el cerebro.

—¿Cerebro para qué, pichón?

—Para organizar veladas de boxeo. Aquí, en Las Vegas, no se dará mal eso.

—¿Solo con nosotros dos?

—No: contrataré a más desesperados como vosotros.

—¿Con qué dinero?

—Para empezar, con el que le hemos sacado a ese ricachón.

—¡Ah, no! Yo quiero mi parte.

—¡Y yo la mía!

—¡Qué bobada! En dos días volveréis a estar sin blanca.

Al tercer *whisky* doble les convenció, y hasta se los llevó a su apartamento sugiriéndoles que, en el patio trasero del edificio, podrían entrenar:

—Voy a poneros en forma, muchachos —les prometió—... Vida sana, nada de mujeres ni bebida y, en poco tiempo... ¡A la gloria!

—¿Tú crees, pichón?

—¡Palabra de Mike Olin!

—¿Te llamas Mike?

—Así es. ¿Te molesta?

—Al contrario. ¡Me hace gracia!

—¿Por qué, Bugy?

—No sé... Quizá porque me recuerdas a «Mike Mouse», ese ratón de los dibujos que...

—¡Alto, Bugy! No tengo nada de ratón.

—Yo creo que sí —insistió el bruto—. Ojillos saltones, vivaces, llenos de astucia y picardías y además...

—¡Ya basta! Desde ahora, para vosotros seré el señor Olin... ¡Vuestro *manager*!

—¡Sopla! ¿Y tendremos que llamarte de usted, «Mouse»?

—Será lo más conveniente para nuestro negocio, Bugy. ¡Y olvida eso del ratón!

Pero no se olvidó y su destino quiso que, desde aquellas iniciales fechas de su entrada en el mundo del boxeo, en los ambientes pugilísticos a Mike Olin se le conociera más por «Mike Mouse».

En realidad, fue todo un ratón colorado: astuto, vivaz, oportunista y ciertamente audaz, cuando se daba cuenta de que podía permitirse aquel lujo, Mike «Mouse» empezó a subir como la espuma.

Antes de un año, ya organizaba veladas de boxeo no solo en Las Vegas, sino también en California, en Oregón, Idaho y otros estados.

Antes de dos años, ya ocupaba una elegante *suite* permanentemente en el «Tropical» y vestía con suprema elegancia, mientras una docena de mozarrones sudaban lo suyo pegándole al saco en el gimnasio que había alquilado, y que terminó adquiriendo en propiedad.

Por descontado, el bruto de Bugy y su compadre «Pekas», sus iniciales socios en aquel negocio, habían quedado en la cuneta, medio «sonados» de tantas peleas sobre un *ring*, al que no podrían volver a subir porque andaban haciendo «sobras» por ahí hasta con las farolas.

Sin un dólar y totalmente acabados.

Como dos piltrafas humanas.

Pero eso sí: cuando la casualidad quería que el elegante Mike se cruzase con alguno de los dos, les sonreía, se dignaba a que le estrechara la mano y entregándoles algunas monedas volvía a prometer:

—Un día de estos te contrato, Bugy… ¡Y a «Pekas» también!

—Gracias, señor Olin… ¡Muchas gracias!

—De nada, hombre. ¡Cuídate, chico! Estás echando barriga.

Mike «Mouse» seguía su ascendente camino de rosas, porque para él el sudor y los golpes que recibían sus pupilos representaba dólares. Números que engrosaban su cuenta corriente, que un día le permitió comprar un buen contrato: el del bestia de Jack Burns.

¡Ah! Aquel mocetón sí que tenía madera de campeón.

Alto, fuerte, muy ancho de hombros y bien musculado, con cara de orangután pero con una potencia física envidiable. Jack Burns era capaz de hacer veinte asaltos y quedarse tan fresco. Cierto que resultaba un poco torpe de piernas y que no sabía «bailar» con la movilidad debida sobre la lona de un *ring*: pero lo compensaba porque era un perfecto encajador.

Para derribarle, se necesitaba la coz de una mula.

Mike pagó una buena suma por aquel contrato, dispuesto a dedicarse desde entonces preferentemente con Jack Burns:

—¡Le haré campeón! —se prometió a sí mismo.

Buscando un buen entrenador para el muchacho, se fijó en el mejor, en el viejo y veterano Virgil Ross, un ex boxeador de ascendencia italiana, que había dado mucha guerra en sus buenos tiempos, aunque se había arruinado tres o cuatro veces, siempre por lo mismo cuando llegaba a la cúspide.

¡Las mujeres!

Retirado ahora de ambas cosas, el veterano Virgil Ross era lo que necesitaba el bestia de Jack Burns para ir aprendiendo, cuajarse y llegar a figura. Veinticinco años de dura experiencia, siempre

entrenando a jóvenes promesas, habían hecho del viejo Virgil el entrenador ideal para llevar a la cumbre al pupilo preferido de Mike «Mouse».

En esto también se había portado como un «ratón». Cierta noche Mike voló a Nueva York, le dio una cita a Virgil Ross y mientras cenaban le anunció:

—Desde mañana trabajarás para mí. ¡Entrenarás a uno de mis chicos!

—Imposible, señor Olin: tengo contrato con Buck Cassidy.

—¡Lo olvidas!

—¡No puedo, señor Olin! Tendría que indemnizarle y aun así...

—No, no... Nada de soltar dinero, Virgil. Pero hay fuerzas mayores para no cumplir un contrato.

—No... no comprendo, señor Olin.

—Es sencillo, hombre. Tienes un hijo enfermo en Nevada, al que te ves obligado a atender... personalmente.

—¿Yo? Nunca he tenido un hijo, señor Olin.

—Desde hoy, ¡lo tienes!

—¡Pe... pero si no me he casado, señor!

—No me seas puritano, viejo... ¿y eso qué importa?

—Pues que todo el mundo sabe que yo no... no...

—No serás mariquita, ¿verdad?

—¡Señor Olin, por favor!

—Vuelve a sentarte y escucha tranquilo, Virgil... ¡Te necesito para que entrenes a Jack Burns! ¿Me has entendido?

—Sí, pero ya le he dicho que el señor Cassidy...

—Olvida a ese imbécil y sigue escuchando.

Nada objetó el ex boxeador curtido y Mike argumentó:

—De niño leí que tuviste muchos líos con las mujeres. Eras guapo, fuerte, famoso y aspirante siempre al título, pero ellas siempre te apartaron de una u otra forma de él.

Virgil Ross se limitó a seguir cenando, encogiendo sus hombros levemente, como sí, una vez más en su vida, buscase una excusa para él mismo.

Mike Olin siguió, ya encendiendo uno de sus puritos:

—Pues bien... Una de esas mujeres te dio un hijo. Y ahora tú, como buena persona que eres, tienes que ir a Nevada a cuidar de él.

—Señor Olin... Si la prensa suelta todo eso... ¡Se formará un

gran escándalo!

—Será divertido, Virgil.

—No me gusta.

—A mí sí. ¡Lo encuentro genial!

—¿Y cree que Buck Cassidy se lo tragará?

—Me importa un higo que se lo crea o no, viejo.

Y sacando su cartera de piel fina el promotor de boxeo remachó:

—Ahí tienes, Virgil: el pasaje y un poco de dinero para el viaje. Estoy en el «Tropical», en Las Vegas.

—Bien, señor Olin, pero… ¿Y si no acepto?

Mike «Mouse» se levantó, chascó los dedos para pedir la cuenta al camarero y solo entonces se dignó bajar la vista hacia el hombre cincuentón que había estado cenando con él.

Las cuatro pupilas se encontraron, como intentando taladrarse.

En los ojos de Mike «Mouse» brillaba algo siniestro cuando informó en voz baja:

—Piénsatelo, viejo.

—Lo estoy haciendo, señor Olin. ¡Y quiero trabajar en paz!

—Precisamente por eso te lo digo, hombre.

—¿Me está amenazando?

—Solo te advierto, «amigo»… Y recuerda que tengo muy buenos amigos en Las Vegas, y aquí también, Virgil.

El viejo Virgil Ross no pudo evitar pensar en la «Mafia».

Pero el caso era que también su patrón, aquel Buck Cassidy…

No sabía qué hacer ni decir, y lo peor era que Mike Olin seguía saeteándole con sus ojos:

—Te espero, Virgil.

—Sí, señor Olin… ¡Volaré a Las Vegas!

—Buen chico, viejo. ¡Eso me gusta!

—Pero usted… usted tendrá que arreglar las cosas con el señor Cassidy.

—No te preocupes: ni rechistará cuando sepa que te viniste conmigo.

—Y en cuanto a mis condiciones…

—De eso hablaremos, Virgil. ¡Tranquilo!

—Pero es que yo… yo…

—Sí, sí… Ya sé que eres algo carillo. Pero te he dicho que todo se hablará, hombre.

La mano bien cuidada de Mike Olin quedó extendida, al ofrecer ya los ojillos reidores:

—Choca esas cinco, Virgil.

La enorme manaza del veterano ex boxeador procuró no presionar mucho sobre aquellos débiles dedos de uñas con manicura. Y aún le tuvo que oír comentar:

—Es nuestro trato, Virgil. ¡Yo lo hago así!

Virgil Ross nuevamente movió los hombros. Hacía años que ya no le importaban mucho las cosas. Como tantos otros de su «profesión», se dejaba arrastrar por el destino.

¿Qué le importaba a él estar bajo las órdenes de Buck Cassidy, o de aquel rapaz Mike «Mouse»?

Lo único que realmente le interesaba era seguir entrenando a jóvenes boxeadores, siempre dispuesto a transmitirles toda su larga experiencia.

Nuevamente al volante, pisando a fondo el acelerador, junto a la mujer que le acompañaba Mike Olin musitó, siguiendo el curso de sus recuerdos:

—Y pensar que yo mismo me molesté, para que Virgil le entrenase. ¡Esa mala bestia de Jack me las tiene que pagar!

—¿No puedes olvidar todo eso, mi amor? ¡Nos vamos a estrellar!

—¡Duérmete! Así no hablarás durante el viaje, Rossie.

Como siempre, la mujer obedeció: se acurrucó en el asiento y al poco dormía.

CAPÍTULO IV

Nada más saltar del «Chevrolet» se plantó ante el portero de la clínica y se limitó a anunciar:

—Soy Mike Olin.

El portero le miró de pies a cabeza y al poco trasladaba los ojos glotones a la espléndida y elegante mujer que acompañaba a aquel vanidoso. Ni tenía idea de quién era ni jamás había oído tal nombre.

Pero fue Rossie la que aclaró las cosas al intervenir: —Venimos a ver a Jack Burns. El señor Olin es su *manager*.

—¡Ah! Eso es otra cosa, señorita.

—¿En qué planta está? —volvió a gruñir Mike.

—En la segunda: habitación 26... señor.

El ascensor les elevó a la segunda planta y nuevamente fue Rossie la que diligente localizó la habitación. Cuando la mujer empujó la puerta su dueño y señor ya había encendido otro de sus largos puritos y entró en la habitación vomitando por todo saludo:

—¡Imbécil! ¡Cretino! ¡Estúpido! ¡Eres una mala bestia! ¡Ya me has hecho otra de las tuyas!

La rociada de insultos casi rebotó sobre el curtido rostro del entrenador Virgil Ross, que se levantó para recibir a las visitas. El enorme y musculoso orangután Jack Burns se limitó a sentarse sobre el lecho, casi haciendo saltar la tela del pijama y con todo el feo rostro prácticamente cubierto por las vendas.

Ni tan siquiera pudo mover la quijada, aunque saludó, con una especie de quejido:

—Hola, señor Olin.

—¡Ni hola ni puñetas, Jack!

Le arrojó con ira varios ejemplares de la prensa y aún bramó:

—¿Ya has leído todo esto, animal?

—Yo... yo... jefe...

—Claro... ¿Pero qué digo? Una mula como tú apenas sabe leer.

—Se lo he leído yo, señor Olin —se atrevió informar Virgil Ross.

Mike Olin le fulminó con la mirada al ordenar:

—¡Silencio, viejo! Ahora no hablo contigo.

—Tendrá que hacerlo, señor Olin. Al pobre Jack le han recomendado no hablar.

—¡Maldita sea! Al «pobre» Jack le ha zurrado un simple camionero, que además le ha dejado fuera de la circulación para lo menos dos meses.

—Es que...

—¡A callar, Virgil! ¡Estoy hablando yo!

—Solo quería decirle que...

—¡Es una vergüenza! ¡Todo el país se enterará! Ahora todos los periodistas se cebarán conmigo. ¡Con el *manager* de Jack Burns! Y yo tendré que dar la cara, para explicar cómo ocurrió.

—Por eso le quería contar que...

—¿Y qué diablos hacías tú, deambulando por la noche por ahí? —volvió a gritarle al púgil dolorido—. Te tengo dicho mil veces que después de cenar a la camita y a dormir.

¡Os suponía a los dos en Santa Mónica Bay, entrenando!

—Sí, pero...

—¡Por cien mil demonios, Virgil! ¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Solo salimos a dar un paseo, señor Olin. Hacía buena noche y...

—¿Un paseo, viejo verde? ¿Es así como cuidas a Jack?

—¡Por el amor de Dios, Mike! Déjales que te expliquen de una vez, hombre —intervino Rossie.

—¿Qué pasa, nena? ¿Vas a ponerte tú también ahora contra mí?

—No es eso, cariño: pero si no les dejas hablar...

—Está bien. ¡Que hablen! Me quedaré sentado aquí fumando, mientras me sueltan una sarta de mentiras.

—No son mentiras, señor Olin —volvió a la carga el entrenador —. Usted sabe que llevaba más de un mes entrenándole. Jack ya estaba algo saturado de concentración y sabe que eso no es bueno... Un boxeador también debe entretenerse y divertirse un poco.

—¿Llevándole de juerga por ahí, Virgil?

—No fuimos de juerga, señor Olin. Le repito que solo salimos a dar un paseo cuando de repente, en uno de los bares de la carretera...

—Sigue, viejo. ¡Te escucho!

—Bueno... Jack se puso a hablar con una linda camarera, la que nos sirvió las cervezas.

—¿No es eso salir de juerga, Virgil? A la caza de mujeres.

—Le juro que no era esa nuestra intención, señor Olin. Pero Jack se puso a tocarle la cara a la chica, la muchacha se enfadó, empezaron a discutir y...

Como pudo, molesto por el dolor y el vendaje, el boxeador remató:

—De repente, un tipo alto y fuerte como un oso... ¡Se me vino encima!

—¿Y no pudiste con ese camionero, Jack?

Buscando ayuda con los ojos en su entrenador, Jack Burns apuntó:

—Que lo diga Virgil... Le arreé un par de buenos directos.

—¿En la jeta, Jack?

—Sí, jefe... ¡Y ya sabe cómo pego yo!

—¿Y qué pasó, Jack?

—No me lo explico, señor Olin —volvió a intervenir Virgil—. Pero, de alguna manera, aquel gigante se los aguantó.

Y encima, cuando largó sus puños le envió a Jack al país de los sueños, con toda la mandíbula fracturada.

—Pegaba como un animal —confirmó Jack—. ¡Vaya tipo!

—¿Cómo se llama ese bruto? —quiso saber Mike Olin.

—Billy Conn —informó el entrenador—. Lo sé por la nota de la policía.

—¿Intervino la poli, Virgil?

—Sí, señor Olin: los de carretera. Por lo visto son amigos de ese camionero.

—¿Y qué me dices de las fotos?

—Bueno... Había un periodista por allí y al formarse el jaleo...

—Luego otros vinieron aquí, a la clínica —amplió malhumorado Jack Burns.

—Ya las he visto todas, Jack. En ninguna te han sacado muy favorecido.

—Tuve mala suerte, señor Olin. ¡Ese camionero es un bestia!

—¡Y tú un pelele! —volvió a encresparse Mike—. Mira que dejarte noquear por un don nadie...

—No diría eso de haberle visto, señor Olin.

—Le veré, Jack. ¡Ya lo creo que le veré! Por grandote y fuerte que sea le voy a aplastar como a una hormiga. Entre vuestra imprudencia y sus puños... ¡Me habéis fastidiado bien!

Visiblemente apesadumbrado, el veterano entrenador lamentó:

—Lo siento, señor Olin. Tendremos que aplazar la pelea y...

—Sí, Virgil: tendremos que aplazar ese combate... ¡Pero antes tomaré mis decisiones!

Pese a su furor, el astuto Mike Olin no se atrevía a enviar a la porra a su joven boxeador. Al fin de cuenta él y hasta la misma Rossie vivían de sus puños, y por eso descargó toda su cólera contra el viejo entrenador, arrojándole al suelo algunos billetes al decidir:

—Puedes volverte a Nueva York con Buck Cassidy, viejo. ¡No has sabido cuidarme bien a Jack!

—¡Pero señor Olin! Sabe... ¡Sabe muy bien que no puedo volver por allí!

—Es tu problema, Virgil.

—No... No es solo mi problema. Usted me estrechó la mano y me prometió que...

—Olvídalo, viejo. Todo esto ha cambiado las cosas.

Siempre sentado sobre el lecho, la recia humanidad de Jack Burns se agitó al rogar:

—Un momento, jefe... Yo... yo no sabría entrenarme con otro y...

—Cierra esa bocaza, Jack. ¿Quién piensa ahora en entrenarte, tal como te han dejado?

—Pero yo... Virgil...

—El viejo se larga y purga su fallo, porque yo lo decido así. Y en cuanto a ti, harás bien en no protestar o también largas. ¿Estamos, Jack?

—¡No podría hacerlo! Tiene un contrato firmado conmigo y...

—Y mis abogados saben muy bien arreglar esas cosas, estúpido —terminó la frase Mike «Mouse».

Rossie no pudo evitar que unas silenciosas lágrimas resbalasen por sus mejillas, cuando se fijó que el veterano entrenador se estaba inclinando muy silencioso para recoger los billetes. Y había tal resignación en aquel hombre, que la mujer anunció al abrir el bolso en busca del diminuto pañuelo perfumado:

—Tengo que irme, Mike. Debo ir a la peluquería y yo... yo...

—Tranquila, nena. ¿Qué le pasa a tu lindo cabello?

—¿No ves cómo está? Con eso del viaje yo…

—No hay prisa, Rossie. Antes me ayudarás a tomar mi otra decisión.

—¿De qué se trata, Mike?

—Tomas el coche y te plantas en Santa Mónica Bay.

—¿Para qué quieres que vaya al gimnasio?

—¡Ya sabes! Por allí siempre rondan desocupados boxeadores, que en sus sueños de gloria están a lo que caiga… Toma estos billetes y contratas a tres… ¡O mejor a cuatro!

—¿Qué estás pensando, cariño?

—¡Darle una buena lección a ese «valiente»!

—¿Te refieres al camionero?

—Acertaste, Rossie… No os costará mucho localizarle y que le den una buena paliza. ¡Así no irá presumiendo por ahí de sus puños!

—Pero Mike… Eso es…

—¡Es justo! ¡Se lo merece el tipejo!

Dudando, la joven aún argumentó con cierta rebeldía aquella vez:

—La verdad, cariño. ¡No me gusta encargarme de esas cosas!

—¡Lo harás, Rossie! Eres una buena chica y te gusta complacerme, ¿no es así?

—Sí, pero…

—¡No se hable más!

Los vivaces y duros ojos de Mike Olin se trasladaron al buscar las cansadas y resignadas pupilas de Virgil Ross, recordándole con aspereza:

—¿Qué demonios haces aún por aquí, viejo?

—Verá, señor Olin…

—¡Te he despedido!

—Cierto, me ha despedido y créame que, en el fondo, yo me alegro de dejarle, señor Olin… Pero como he oído que Rossie tiene que ir al gimnasio y tengo varias cosas mías allí, he pensado que podría llevarme en el coche y así…

—Por supuesto, Virgil. Le llevaré encantada y…

—¡Espera, Rossie!

—¿Qué pasa ahora, Mike?

—¡El coche es mío!

—Nadie lo niega, cariño, pero…

—No quiero que lleves a ningún fracasado en él. ¿Queda claro?

—Solo desea poder llevarse sus cosas, Mike.

—¡Nada tiene allí! Y en todo caso, si encontramos alguna de sus basuras… ¡Ya se las enviaremos!

Virgil Ross sostuvo aquella irritada mirada de Mike Olin sin pestañear. En su larga vida como profesional del boxeo, había tenido la suerte y la potencia de noquear a muchos hombres mucho más fuertes que aquel elegante personaje que le gritaba. Solo que ahora él ya había rebasado los cincuenta y ya no tenía ganas de pelear con nadie.

Ni incluso con un irritante sietemesino como aquel.

Por eso bajó los ojos, caminó hacia el lecho y su manaza quedó extendida ante el joven boxeador, despidiéndose:

—Lo siento, Jack. ¡Cuídate, muchacho! Puedes llegar a campeón.

—Yo también lo lamento, Virgil… Me… me has enseñado muchas cosas y te aprecio, viejo. Pero… yo…

—Te comprendo, Jack: no te esfuerces. Las cosas están así y punto. Ni vosotros ni nosotros nada podemos hacer sin esta clase de gente que dominan el boxeo y por eso…

—Discurso no, Virgil —se burló Mike—. No es lo tuyo, viejo. ¡Termina de una vez!

—Ya me voy, señor Olin. ¡Por nada del mundo seguiría un momento más junto a usted!

—Pues lárgate de una condenada vez y en paz, viejo.

Pero el veterano entrenador también deseó, saludando a la joven:

—Suerte también para usted, Rossie. ¡Se la merece, muchacha!

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! —terminó gritando Mike «Mouse».

Despacio, como si fuese contando sus pasos, Virgil Ross fue saliendo de aquella clínica. Quizá es que pensaba que allí terminaba otro de los muchos capítulos de su vida.

Tampoco Jack Burns llegaría a campeón…

CAPÍTULO V

Rossie paró el «Chevrolet» frente al «Pájaro Azul», reconociendo el bar al pie mismo de la carretera, por las fotos que había podido contemplar. Exactamente en la explanada de la derecha quedaba el puesto de gasolina, donde varios de los gigantescos camiones que suelen hacer la ruta de Los Ángeles a San Francisco, permanecían aparcados como monstruos gigantescos por sus diez, veinte y hasta treinta toneladas de carga.

Aún ante el volante, Rossie pasó revista a las matrículas de aquellos camiones. Localizó unas cifras que tenía memo— rizadas en la cabeza y comentó, a los cuatro pasajeros que transportaba:

—Ahí está su camión. Él debe estar en el bar: seguro que es el novio o el fulano de la linda camarerita.

Uno de los hombres celebró:

—Mejor así, señorita Gayner. ¡Ahora mismo la dejaremos «viuda»!

—Ojo con lo que hacéis —recomendó Rossie—. Solo se trata de darles un escarmiento.

—Eso déjenoslo a nosotros, señorita.

Los cinco fueron descendiendo del vehículo. Rossie mostró cuatro billetes de cincuenta dólares partidos por la mitad, recordándoles el trato:

—A cada uno le daré su mitad correspondiente… cuando le vea tendido allí, ante la puerta del bar.

—Eso está hecho, señorita Gayner.

—¡Un momento!

Rossie contempló por un momento a los cuatro individuos con las narices aplastadas, sintiendo la inquietante sensación de que ante ella tenía cuatro gorilas. Eran tipos soeces, vulgares, con raídos pantalones tejanos y cazadoras de piel que estaban pidiendo a gritos el relevo, o por lo menos una buena limpieza.

Hombres de vidas rotas, que se compran o se venden por unos dólares.

Tipos que habían intentado triunfar con sus puños y que ahora los alquilaban.

En Los Ángeles había muchos seres así.

Y en San Francisco. Y en Nueva York.

¡Y en todas partes!

Solo hay que ir a buscarlos a los estercoleros humanos.

—Fijaos bien en estas fotografías. ¡Este es Billy Conn!

—Le conocemos, señorita.

—Es el tipo que zurró a Jack Burns, ¿verdad?

—Sí, Ursus; ¿no recuerdas que vino en toda la prensa? —memorizó el más listo de ellos.

A Rossie se le hizo una especie de nudo en el estómago, pero pensando en el encargo del irritable Mike Olin, al fin dio la salida:

—¡Pues a por él! No os confundáis.

Los cuatro tipos expertos en utilizar sus puños, uno tras otro se fueron colando en el interior del «Pájaro Azul». Cuando la puerta del bar quedó cerrada tras ellos, a Rossie le entraron ganas de volver al coche y salir pitando de allí.

Seguía sintiendo aquella especie de nudo en el estómago.

De pronto, tuvo que dejar de pensar. Hasta se olvidó de sus molestias físicas. Ante el estruendo giró el rostro, al tiempo de ver salir volando materialmente por una de las destrozadas cristaleras del bar, a uno de los energúmenos que ella misma había contratado, tras irlos a buscar al gimnasio de Santa Mónica Bay, a pocas millas de Los Ángeles.

La sorprendida Rossie no daba crédito a sus ojos, porque aquello venía a significar que uno de los cuatro matones había quedado fuera de combate.

«¡Caray! —se dijo—. ¡Ese Billy Conn debe ser un coloso!»

El terrible estruendo seguía en el interior del establecimiento, como si cien elefantes juntos se hubiesen vuelto neurasténicos y se arremetieran entre sí.

Se oía ruido de cristales rotos, mesas y botellas caídas, como pesados bultos una y otra vez derribados, quejidos, voces airadas y sordos golpes, como si alguien allí hubiese puesto a golpear un tambor.

Rossie pensó que aquello debía ser una pelea sensacional.

La curiosidad la impelió a dar unos pasos hacia el ventanal

destrozado, para poder contemplar lo que sucedía en el interior.

No llegó a ver nada, porque la casualidad quiso que otro de los hombres por ella contratados también saliera por allí, como una bala de cañón que la derribó a ella misma. Materialmente quedó medio aplastada bajo él, porque el individuo perdió el conocimiento.

En aquel mismo instante la puerta del «Pájaro Azul» caía derribada, como si un huracán hubiese soplado desde el interior. Por aquel hueco salían tres hombres arremetiéndose con piernas y brazos fieramente, como impelidos por un afán destructivo que parecía de locos.

De auténticos salvajes.

Como pudo, Rossie logró zafarse del peso del hombre sin sentido terciado sobre ella, para desde la húmeda tierra del jardincillo que rodeaba el edificio, poder contemplar la fenomenal pelea que continuaba a brazo partido.

El hombre más alto, el más joven y también el más corpulento, pese a los golpes que recibía de los otros dos que le atacaban, parecía una poderosa máquina humana repartiendo tortazos y furibundos puñetazos a su vez. Sus largos brazos, musculosos y terribles, no se daban descanso en aquella pelea de titanes que no dejaba de ser presenciada por excitados espectadores.

Todos los ocasionales clientes del «Pájaro Azul» también habían salido al exterior, jaleando con gritos de ánimo a quién debía ser el camionero Billy Conn, que se mostraba cada vez más embravecido, más dispuesto a terminar también con aquellos dos contrarios.

Como absorta, aún tendida sobre el suelo, Rossie quedó boquiabierta contemplando aquellas largas piernas, firmes y poderosas, abiertas en compás para mejor aguantar la vertical con los pies como pegados sobre el suelo. La estrecha cintura de aquel hércules giraba a derecha o izquierda, según esgrimía los poderosos puños que mantenían a raya a sus dos contrincantes. También se agachaba o se alzaba, con hábiles y rápidas fintas, cambiando oportunamente de lugar para evitar los golpes.

Pero, aun cuando los recibía, dada la extraña sensación de que no le dolían, de que muy poco le afectaban, a juzgar por la renovada acometividad que a su vez él lanzaba sus golpes, en más de una ocasión demoledores para sus contrincantes, que no obstante

volvían con prontitud a levantarse para eternizar la pelea.

De entre los presentes, Rossie llegó a localizar por sus gritos casi histéricos y nerviosos, a una jovencita pelirroja, espigada ella y de marcadas curvas muy femeninas, que se desgañitaba al gritar, también esgrimiendo sus puñitos cerrados como si ella misma boxeara:

—¡Dales fuerte, Billy! ¡Zúrrales, mi amor! ¡Puedes con ellos, Billy! ¡Con la izquierda! ¡Así! ¡Pum! ¡Allá va eso! ¡Zas! ¡Túmbales! ¡Ahora la derecha, Billy, la derecha! ¡Ay!

Rossie no dejó de pensar:

«Debe ser ella... La camarerita».

Cuando uno de los atacantes de Billy Conn cayó fulminado por un terrible mazazo que recibió en pleno cuello, momentáneamente se quedó muy quieto a los pies de su agresor. Pero al instante se rehízo y, arrastrándose por el suelo mientras su compadre atacaba, logró aferrarse con ambos brazos a las piernas del titán.

Billy Conn se vio inmovilizado y eso le hizo encajar un directo en plena barbilla, que le obligó a sacudir la cabeza leonada, de cabellos castaños y desgreñados, sudorosos. Pero también consiguió liberar una de las piernas, la alzó y descargó el golpe con tremenda furia, sobre las costillas del rival caído.

El aullido de dolor resultó infrahumano. Al tercer rival del camionero atacado ya no le quedaron más ánimos para seguir la pelea.

Acababa de sentir que tres costillas se le quebraban.

Se puso a rodar sobre el suelo soltando alaridos, y ante aquello el cuarto atacante también se desinfló, reculando ante aquella fiera a la que no habían podido vencer, ni tan siquiera derribar.

La desgarrada camisa de Billy Conn, como un pingajo colgando de sus anchos hombros, dejaba al descubierto el ancho tórax velludo y sudoroso de aquel hombre, que aún siguió con los puños esgrimidos durante algunos instantes, alternativamente mirando al rival que huía y a los otros tres vencidos.

Al contemplarle desde lejos, a la imaginativa Rossie se le antojó un forzudo, valeroso y victorioso gladiador, de los tiempos de la antigua Roma. O más bien una estatua griega viviente de la época de Pericles, cuando la raza humana alcanzó el máximo de su potencia y belleza.

Fue cuando comprendió que aquel titán, hubiese podido fracturarle la quijada a Jack Burns.

Silenciosa, deseando pasar desapercibida ante aquel inesperado desenlace, Rossie caminó despacio hacia el soberbio «Chevrolet» y no tardó en estar ante el volante del vehículo, que al fin arrancó con dirección a Los Ángeles.

Su conductora calculó, y hasta con una sonrisita divertida, que aquellas nuevas noticias tampoco le iba a gustar mucho a Mike Olin. Su hombre volvería a lanzar sapos y culebras por la boca y a ella, como tantas veces, le tocaría calmarlo.

Ya empezaba a estar harta de aquel «juego».

Si al menos el sietemesino de Mike se pareciera en algo a aquel colosal y gigantesco camionero...

—Esa camarerita debe ser tremendamente feliz con un pedazo de hombre así —calculó en voz alta.

Ya no sentía molestias en el estómago, pero si unos excitantes cosquilleos en otra parte de su cuerpo. En gran parte, continuaba sintiéndose responsable por lo que había pasado; pero ahora ya no se arrepentía, porque había presenciado una pelea entre hombres sensacional.

A Rossie siempre le había gustado mucho el boxeo.

¡La excitaba!

* * *

En su lujoso apartamento de Los Ángeles, con una bata de pura seda china y consumiendo su vigésimo purito del día, Mike Olin contemplaba por la televisión un combate de pesos medios.

No prestaba mucha atención a la pantalla, porque al tiempo hojeaba también distraídamente una revista pugilística, en donde aún figuraba el nombre de su pupilo Jack Burns en el ranking mundial de los pesos pesados de élite.

—¡Lástima! —exclamó para sí, al volver a recordar lo de la quijada del joven aspirante.

Mentalmente también calculó las «pérdida» de las apuestas cruzadas y que no cobraría, puesto que el próximo combate de Jack Burns no se podría celebrar en la fecha fijada. Unas ganancias perdidas, puesto que nadie como él sabía que la victoria de su

boxeador había sido previamente asegurada.

El perfume de Rossie le anunció la presencia de la mujer, y aunque escuchó su rítmico taconeo sin dignarse a levantar la vista de la revista displicentemente indagó:

—¿Cómo ha ido todo, Rossie?

Librándose del bolso Rossie jugueteó al exclamar, con tono divertido:

—No te lo puedes figurar, cariño.

—Ni lo intento, nenita: te envié a ti allí para que me lo cuentes.

—Pues adivina, rey.

Levantando los ojos saltones de la revista, Mike apuntó, aunque con voz tranquila e impasible:

—¿Ha muerto ese tipo?

—¡Qué va, hombre! Si se descuida es él el que mata a los cuatro.

Ahora sí: Mike Olin prestó toda su atención a la mujer, y abandonando el sillón al levantarse su voz se tornó severa al rechazar:

—No hagas chistes, Rossie.

—Nada de bromas, Mike. ¡Yo misma vi la pelea!

—¡Pues suéltalo ya, leñe! —empezó a impacientarse.

Rossie le contó; sin excederse, pero como recreándose en todos los golpes y detalles y aun puntualizando al final:

—¡Ese Hércules sí que tiene madera de campeón, Mike!

—¿Todo eso que has dicho es cierto, Rossie?

—Tan verdad como que ahora tú y yo estamos aquí, mi rey.

—No... no lo comprendo.

—Tendrías que haberlo visto, amor. ¡Colosal! ¡Único! ¡Irrepetible, mi vida!

—Déjate ahora de tantas zalemas y dime cómo es ese maldito camionero.

—¿De veras lo quieres saber?

—Te lo estoy preguntando, Rossie.

—Pues... Como una dos veces tu altura y anchura mucho más varonil y guapo... Físicamente es algo colosal.

—¿Más fuerte que Jack?

—Ya vistes lo que hizo a su mandíbula.

—¿Y dices que les zurró a los cuatro?

—¡Los pulverizó!... A dos de ellos los hizo salir volando por un

ventanal: uno de estos se quebró una pierna y el otro se partió el brazo. Al tercero le hundió varias costillas... Y el cuarto solo salió con un ojo morado... ¡Porque huyó!

Empezando a irritarse, al poner los brazos en jarras Mike Olin reprochó:

—¿Pero qué clase de tipos elegiste, reina?

—Te lo diré, porque me dieron sus nombres. Creo que uno se llama Ursus...

—¡Le conozco!

—Otros dos de ellos son hermanos: Tony y John Galento... O Calentó, no sé.

—¡También los he visto! Al mayor, Tony, una vez le hice pelear.

—Y el otro creo que es un tal Gus... O Bus. ¡Algo así!

—¡Maldita sea! ¿Y a esos cuatro castillos los tumbó ese tal Billy Conn?

—Cómo te lo he contado, rey.

—O sea: que encima he perdido doscientos dólares, ¿no? —Prácticamente sí. Porque estas cuatro mitades de cincuenta dólares cada una, de nada te servirán.

—¿Es que les diste a esos inútiles las otras mitades? —El trato lo cerré así.

—Pues también te has lucido, hijita. ¡Porque te haré recuperar las otras mitades de esos billetes!

—No, Mike. ¡Yo no volveré a tratar a esos hombres!

—¿Por qué no?

—Es posible que encima nos pidan daños y perjuicios.

—¡Narices! Cuando uno se compromete a una cosa, la hace... ¡O no cobra!

—Ellos lo intentaron, rey.

—¡Me van a oír!

—Tendrás que ir a verlos al hospital.

—¡Nada de eso! Ya estoy harto de clínicas y esas zarandajas. ¡Con Jack nos basta!

—¿Quieres un buen consejo, mi amor?

Mike «Mouse» nada contestó, ocupado con su profundo disgusto y en encender otro purillo.

El veintiuno en el día...

—Te lo digo porque es evidente.

—¿El qué? ¿Qué es evidente, Rossie?

—Pues está bien claro, mi rey. ¡Que ese Billy Conn es un fenómeno! Te podría servir, ¿no?

Los ojos saltones del promotor de boxeo empezaron a brillar en forma especial. Incluso se agudizaron más, haciéndose más ratoniles. Y hasta sus finos labios sonrieron cuando empezó a admitir:

—Es posible, nenita… ¡Quién sabe! Puede que ese camionero sea mi fortuna.

—¡Así se habla, Mike!

—¿Nos vamos a la cama, reina?

—¡Otra buena idea, rey! Hoy vengo muy gatita…

Lo estuvo. Incluso hasta el extremo de excederse en sus caricias.

Pero Mike Olin no llegó ni a sospechar que Rossie aquella noche ciertamente no se entregó a él. Si se mostró tan ardiente y expansiva fue porque en su mente bailaba la imagen de otro hombre…

CAPÍTULO VI

La pelirroja Martha se inclinó intencionadamente ante aquel elegante cliente acodado sobre el mostrador, segura de que sus apetitosos senos habían hecho otra conquista. Y hasta se mostró insinuante su voz al indagar:

—¿Qué desea el señor…?

Los ojos saltones de Mike Olin bucearon golosos en las profundidades de aquel generoso escote, no levantando la vista de aquellas delicias hasta contestar con otra pregunta maliciosa:

—¿De veras puedo decir lo que deseo, señorita?

—Inténtelo, señor… A lo mejor yo se lo puedo ofrecer.

—Podría ofrecérmelo, preciosa. Pero en realidad yo vengo a otra cosa… ¡por ahora!

Algo desconcertada, la camarera del «Pájaro Azul» insistió:

—Usted dirá, señor.

—¿Por casualidad conoce usted a Billy Conn, señorita?

—Sí… Pero no es por casualidad, porque le elegí yo. ¡Es mí… novio, señor!

—¡Estupendo! ¡Magnífico! No puedo entrar aquí con mejor pie. ¿Podría presentármelo usted?

—¿Por qué no? Si se espera un poco lo haré encantada… Billy pasa todos los días por aquí. Es su ruta.

—Tengo oído que es camionero.

—Así es, señor. ¡Y muy guapo! Todo un buen mozo, señor.

—Sí, sí… También me han dicho eso.

—¿Qué va a beber?

—Pues no sé… ¿Un «bourbon»?

—Lo siento, señor: no tenemos aquí *whisky* tan caro.

—Entonces… Del que usted quiera, señorita.

—Mi nombre es Martha, señor.

—El mío… Olin… Mike Olin, preciosa.

—¡Oh! ¿Mike «Mouse», quizá? —indagó ella con picardía, pero encantadoramente con una sonrisa—. ¿El famoso promotor de

boxeo?

A Mike no le hizo mucha gracia aquello de «Mouse» —ratón—. Pero terminó admitiendo también con forzada sonrisa:

—Sí, sí... Los amigos, los íntimos me llaman así.

—¿Con hielo o soda, señor Olin?

—Con ambas cosas, Martha.

Le sirvió, siguieron charlando muy animadamente y, naturalmente, Mike Olin fue generoso en la propina. Tanto, que la coqueta Martha intentó ruborizarse al exclamar:

—¡Oh, señor Olin! ¿No es demasiado?

—Acéptelo, querida Martha... ¡Presiento que vamos a ser muy buenos amigos!

—Por mí encantada, señor Olin. Pero una propina así...

—No quiero ofenderla, Martha. Si le parece, sírvame otro *whisky* y se queda la vuelta.

—Eso está mejor, señor Olin.

Y al instante:

—¡Oh, mire! Ahí llega Billy.

Mike Olin giró sobre el taburete, olvidándose de la linda pelirroja y hasta del *whisky*. Sus ojillos incisivos se clavaron en el gigante que acababa de traspasar la puerta, calculando que aquel joven por lo menos debía pesar cien kilos. Pero cien kilos de músculos, elasticidad y hasta ritmo en el andar, acercándose a la barra del bar con la soltura del perfecto atleta bien entrenado.

Y hasta la voz de Billy Conn le agradó, cuando con acento marcadamente varonil saludó a la camarera pelirroja, con amplia sonrisa en sus labios:

—Hola, Martha.

—Hola, cariño —respondió ella—. ¿Lo de siempre?

Y al instante añadió, mientras le servía la cerveza:

—¿Quiero presentarte a un amigo, Billy! El señor Mike Olin.

Al oír el nombre, el joven camionero no terminó de sentarse en el taburete y se quedó muy serio, allí plantado y fulminando con sus ojos azules desde toda su elevada estatura al hombre elegante que forzadamente le sonreía, ya extendiéndole la mano.

Mike Olin se quedó sin saber qué hacer con su diestra.

El gigante no se la estrechó, y encima dijo secamente:

—No quiero conocer a «ratones» de esta clase, Martha.

—¡Pero Billy! El señor Olin…

—¡Basta, Martha! Sírveme la cerveza en una mesa, por favor.

Mike Olin había adquirido las suficientes costras en su vida como para mostrarse enfadado y ofendido ante un tipo así. Mentalmente calculó que de un solo guantazo aquel rudo camionero le podía arrancar la cabeza del cuello, por lo que la sonrisa no desapareció de sus labios y hasta pretendió justificar:

—Es natural que esté enfadado conmigo, Martha… Pero, precisamente por eso estoy aquí, señor Conn.

—Ni soy «señor», ni tengo nada que hablar con usted —insistió en su actitud el joven.

—Bueno… Dicen que hablando se entiende la gente, ¿no cree?

—Escuche usted, «amigo». Lo de su boxeador fue un incidente: Jack Burns se puso a molestar a Martha y yo le llamé la atención. Incluso un viejo que venía con él se lo quiso llevar. Pero el muy fanfarrón insistió y entonces fue cuando surgió la pelea.

—Usted le partió la quijada.

—¡Se lo buscó!

—Es posible; pero me ha dejado inútil al pobre Jack.

—Yo no pretendía lastimarle así. ¡Le doy mi palabra!

—Le creo, Conn… ¡Pero como tiene usted esos puños, pues…!

—Los mismos que utilicé, para deshacerme de los cuatro «perros» que usted me lanzó el otro día.

—Fue un mal entendido; yo solo les dije que le asustaran un poco… ¡Admita que me disgustó mucho lo que le hizo a Jack!

—Le he dicho que ese fanfarrón se lo buscó.

—¡De acuerdo! Y no crea que no me ha dolido. ¡Jack y yo hemos perdido mucho con todo esto!

—No puedo decir que lo siento.

—Y hace bien… ¡Pero que muy bien, amigo Conn! En el fondo, las dos veces fuimos nosotros quienes le provocamos a usted.

Inflexible, Billy Conn quiso rematar, llevándose él mismo la cerveza a una de las mesas:

—Pues si lo admite así… ¡Déjeme en paz!

Mike Olin nunca se daba por rendido fácilmente y siguió los pasos del gigante, incluso atreviéndose a sentarse frente a él ante la mesa. Era lo bastante inteligente y astuto como para calcular que un coloso como aquel no se iba a liar a guantazos contra él, y con la

audacia que en ciertos momentos le caracterizaba, cada vez más interesado por aquel ejemplar apuntó:

—¿Cómo puedo desagraviarle, Billy?

—Ya se lo he dicho. ¡Dejándome en paz!

—Es que... ¡La verdad, muchacho! Me siento culpable.

—Mire, señor «Mouse»...

—Olin... Mike Olin, por favor —se apresuró a rectificar.

—Bien: señor «Mouse» o señor Olin, me da igual... Yo paro a veces aquí para descansar un poco de mi ruta y tomarme tranquilamente una cerveza... ¡Pero no para discutir ni hablar con tipos como usted! ¿Lo ha entendido bien ahora?

—Dígame, Billy. ¿Cuánto gana usted?

—Eso no le importa.

—¡Por supuesto! Pero lo digo porque yo podría proponerle algo mucho mejor.

—¿Para hacer qué, señor Olin?

—¡Pues está bien claro, muchacho! ¡Para boxear!

—¿Quién? ¿Boxear yo?

—¿Y por qué no, Billy? Usted es un gigante, tiene juventud, fortaleza, valor ya probado y, sobre todo... ¡Unos puños de hierro! ¡Son pura dinamita, amigo!

—¡Bah! Déjese de tantos halagos y lárguese de una vez, ¿quiere?

—¡Pero es que le estoy ofreciendo la gloria! ¡La gloria, Billy! ¿Y sabe usted lo que eso significa? ¿Lo sabe, amigo? Pues todo... ¡Todo en absoluto!

Mike Olin ya empezaba a encarrilar sus deseos y sin tomarse un respiro prosiguió:

—Dinero, fama, mujeres... Yo le convertiré en un gran campeón. ¡Será muy famoso, Billy! Tendrá cuanto apetezca, todo lo que pueda desear. ¡El mundo a sus pies!

—No se canse; soy de un pequeño pueblecito de Texas y jamás necesité, ni ambicioné, todas esas cosas.

—¡Oh, Texas! ¡Magnífico Estado! Tierra brava. ¡Tierra de valientes, que da hombres fuertes como usted, Billy!

—Olvide también la coba, señor Olin. ¡No me convencerá!

—¿Y por qué no, muchacho? ¿Qué tiene de malo el boxeo?

—¿Lo quiere claro?

—Sí... ¿por qué no?

—Pues ahí va: lo peor que tiene el boxeo… ¡son los hombres como usted, señor «Mouse»!

—¡Hombre, yo… yo…! Yo solo me limito a organizar los combates, preparar a los boxeadores, enseñarles todos los trucos del *ring* y cosas así.

—Y por todo eso se lleva la mejor tajada, ¿verdad?

—Bueno… Siempre hay gastos, dinero que exponer, riesgos, representaciones, publicidad… ¡Ya se puede figurar!

—Me lo figuro.

—¿Y qué? ¿No le entusiasma la idea de que haga de usted todo un campeón?

—¡No!

—¡Pero hombre de Dios! Piénselo usted al menos un poco, ¿no?

—No tengo nada que pensar, señor «Mouse». Soy un hombre sencillo y corriente y pienso seguir siéndolo. No me entusiasma la fama, ni los aplausos, ni todas esas bobadas que me dice que conseguiré, a fuerza de ir repartiendo puñetazos por ahí. Me conformo con lo que tengo y no voy a perder mi tranquilidad, para meterme de cabeza en todo ese ambiente extraño y tan enrarecido como el del mundo pugilístico.

—¡Bobadas, Billy! ¡Habladurías nada más! El mundo del boxeo, como usted dice, es sano, deportivo, muy divertido y además en él se gana dinero. ¡Mucho dinero, muchacho!

—No va a convencerme, señor «Mouse».

—Olvide lo de «Mouse», por favor: mi apellido es Olin.

—Cierto; pero le cae bien lo de «Mouse» porque es usted un ratón marrullero, que siempre busca su provecho.

Algo picado, cansado ya de argumentar ante aquel joven que parecía una roca berroqueña, Mike Olin se levantó; pero dejó sobre la mesa una de sus tarjetas e indicó:

—¡Está bien! No voy a insistir más… Pero si cambia de parecer ahí tiene mis señas y puede llamarme cuando quiera.

—No espere que le llame, señor «Mouse».

Una vez más tragándose lo de «señor ratón», Mike Olin dejó caer:

—¿Ni aunque le ofreciera, para empezar… quinientos dólares?

—Ni aunque me ofreciera cinco mil.

—¡Es usted testarudo como una mula!

También levantándose, Billy Conn le miró desde su elevada estatura y replicó tonante:

—¡Y usted es un insignificante ratón que ya me está hartando! ¡Fuera de mi vista!

Ahora sí: Mike comprendió que había llegado el momento de plegar velas, y aunque alzó una mano para saludar y sonreír a la pelirroja Martha que les había estado observando desde detrás del mostrador, caminó en busca de la puerta y salió del «Pájaro Azul».

Aunque claro, para un tipo como él, aquello no era una retirada completa. Más bien se trataba de un movimiento táctico de repliegue.

¡Ya volvería a la carga!

¿O acaso Mike «Mouse» no se salía siempre con la suya?

El mismo Billy Conn lo había dicho: él era un astuto «ratón»...

CAPÍTULO VII

Algo burlona, mientras Rossie terminaba de pintarse las uñas de los pies, indagó desde la terraza:

—¿Cómo van esas «negociaciones», mi amor?

Tras encender uno de sus puritos, Mike Olin tuvo que reconocer, el acento malhumorado:

—¡Mal! ¡Muy mal!

—Ya te dije que es un hombre muy singular. ¡Muy entero!

—¡Bobadas! Antes mí, no hay tipo que se resista.

—Pues parece que Billy Conn sí, mi rey.

—¡Billy Conn! ¡Billy Conn!... Ya estoy hasta las ingles de ese camionero. Me revientan los tipos tan puritanos y sencillotes como él.

—¡Es que es de Texas! —recordó Rossie, como con aire de triunfo y como si el hecho fuese toda una justificación.

—De Texas o del mismo infierno, me da igual... ¡Y yo te diré lo que es ese gigantón de los demonios!

—Veamos, Mike. ¿Qué es Billy Conn para ti?

—Pues un simple vaquero... ¡Eso es! Un pobre e ingenuo «cow-boy», solo que en vez de montar un jaco conduce un treinta toneladas. ¡No es más que eso!

—Pero te trae de cabeza. Llevas muchos días descolgándote por allí, sin lograr de convencerle.

—Ya le convenceré.

—¿No agotaste ya todos tus «argumentos»?

—No... Y eso déjalo de mi parte, Rossie.

—Yo creo que ese chico te caló, míster «Mouse».

Al oír aquello, Mike Olin arrojó con furia al suelo el purito recién encendido, poniéndose a bramar:

—¡Repite lo de «Mouse» y te la juegas, Rossie! ¡Ya me conoces!

—Pero mi amor, yo... No tienes que enfadarte, mi rey... Solo bromeaba y...

Tuvo que callarse: el promotor de boxeo ya no la escuchaba.

Había salido de la habitación, como un toro en estampida…

* * *

Cuando Billy Conn entró en el «Pájaro Azul», faltaba poco para cerrar el establecimiento y prácticamente tan solo había dos clientes en una de las mesas. Se trataba de una mujer rubia muy elegante y hermosa, que por lo visto acompañaba al hombre que el camionero ya conocía.

Lo que más le molestó fue que también Martha estuviese sentada ante aquella mesa, al parecer después de haberles ayudado a consumir las dos botellas de champaña que aquel odioso Mike «Mouse» había pedido.

No es que considerase a la pelirroja camarera su propiedad privada: él también había sido noble y le había confesado a Martha que en el pueblo le esperaba su novia, una excelente chica con la que se pensaba casar.

Pero Martha de sobra sabía que aquel promotor de boxeo no le caía bien y no tenía por qué alternar con él.

Aunque aquella noche Mike «Mouse» se hubiese presentado allí con aquella linda rubia.

Billy Conn sintió todo esto en un segundo y, hasta sin saludar sus largos pasos le condujeron hacia la barra al decir:

—Supongo que podrás servirme una cerveza, ¿verdad, Martha?

—¡Claro, cariño! ¿Pero no prefieres un poco de champaña?

—¡No!

Fue cuando se lazó la voz del tal «Mouse», invitándole:

—Vamos, Billy: acérquese y le presentaré a una buena amiga.

El joven camionero giró sobre los tacones de sus botas y clavó los ojos en Rossie, quien a su vez le sonrió de forma prometedora. A Mike ni tan siquiera le miró, aunque siguió escuchándole:

—Animo, muchacho. ¡No sea tímido! Se llama Rossie y le he hablado mucho de usted.

—¿Debo «agradecérselo», señor «Mouse»? —comentó burlón, pero acercándose a la mesa.

Martha se levantó para darle un beso de enamorada en el mentón, y la pelirroja tuvo que ponerse de puntillas, sin dejar de observar que Billy no dejaba de admirar en silencio la belleza de

Rossie, quien a su vez también animó:

—Siéntese con nosotros, señor Conn. Ya ve que a estas horas ya no hay clientes y Martha puede seguir aquí.

Sin quitarle el ojo a la rubia desconocida para él, el rudo camionero apuntó:

—Señorita… No sé por qué, pero cada vez que me llaman «señor» me pongo en guardia.

La carcajada de Rossie casi resultó franca del todo al objetar:

—¿Puede decirme por qué?

—Bueno… Creo que porque nunca fui un «señor», ni pretendo serlo, señorita…

—Rossie… Rossie Gayner.

—¿Cansado, muchacho? —volvió a intervenir Mike, mientras llenaba la copa de la camarera, que Martha se apresuró a ofrecérsela al recién llegado.

—Un poco, señor «Mouse»… Pero aún me quedan unas cajas por repartir.

Billy Conn bebía el champaña a pequeños sorbitos, como para demostrar que no le hacía mucha gracia aquella bebida tan «fina».

Mike Olin no dejó de observar que aquel tipo era todo un carácter. Ni sabía ni quería esforzarse nunca por mostrarse amable. A un joven como él no le iban los fingimientos. Siempre se mostraba tal como era y no hacía concesiones porque, en su rusticidad, en su pueblerina sencillez se encontraba a su gusto, cabal, satisfecho.

Daba la sensación de que aquel hombre no necesitaba a nadie.

Se bastaba a él mismo, posiblemente por su integridad, por su cabal honradez, porque no le atraía el mundo de los halagos y de los aplausos fáciles.

Pero, contrariamente a su forma de ser y de reaccionar, al astuto Mike «Mouse» le atraía todo aquello.

Le fascinaba.

Era como un reto para él.

¿Quizá por la famosa ley de la contradicciones? No se había puesto a analizarlo profundamente, pero el caso era que le permitía que le siguiese llamando «señor Mouse».

Señor ratón…

Al sietemesino Mike también le subyugaba otra cosa de Billy

Conn. Su fortaleza física. Su aventajada estatura, sus poderosos músculos: aquellos portentosos puños, que habían sido capaces de dejar fuera de combate, y hasta en el «dique seco», nada menos que al bestia de Jack Burns.

Y a los otros cuatro «perros» que él mismo le lanzó, claro.

Además de todo esto, en Mike Olin también privaba otra «virtud». Su egoísmo, su loco afán de aprovecharse de todas las facultades físicas que la naturaleza había acumulado en el cuerpo del gigante de Billy Conn.

Bien adiestrado, puesto a punto. ¿Cuántos combates podría ganar aquella «máquina» de repartir golpes? Eso significaba dinero, dólares.

Y los dólares siempre le habían traído de cabeza a Mike «Mouse».

—¿Un poco más, Billy?

—No, señor «Mouse»: no me gusta el champaña.

—¿No? Pues créeme, chico. ¡Estás destinado a beberlo a cubos! Si tú quisieras, con esos maravillosos puños, yo…

Se detuvo porque el joven alzó una de sus enormes manazas al pedir, seco y nuevamente serio:

—No, señor «Mouse». No vuelva usted a lo de siempre. ¡Le he dicho mil veces qué nunca seré boxeador!

—¡Qué manía! ¿Pero qué tienes tú contra el boxeo?

—¡No me gusta! ¡Me parece cosa de salvajes! Es brutal, y al mismo tiempo ridículo eso de ganarse la vida a fuerza de dar y recibir golpes.

—¡Tú serías el que diese los golpes! ¡Solo tú, Billy!

—Viene a ser lo mismo… Y le diré una cosa que no sé si la va a comprender.

—¡Vamos! Suéltala ya, muchacho.

—Bueno, yo… Considero que es una cosa excelente tener la fuerza de un gigante. Pero usar de ella como un gigante más bien es propio de chulos, de fanfarrones… ¡de tipos que abusan de sus facultades!

—¡Bah! Remilgos, Billy… No debieron detenerte esos escrúpulos. Si eres fuerte y tienes dinamita en los puños… ¿Por qué no usarla para llegar a la cumbre? La vida es una selva, Billy. ¡Una jungla! Cada uno debe usar las armas que tiene, y con cuanta más

contundencia, ¡mejor!

—Yo no concibo así la vida. Para mí vale más la ternura, la simpatía, la comprensión y el entendimiento mutuo, en vez del enfrentamiento y la lucha feroz.

—¡A la porra los débiles! Que se las arreglen como puedan.

—¿Y usted cómo se las ha arreglado, señor «Mouse»?

Mike Olin tuvo que pestañear ante la pregunta directa que venía a hacer referencia a su menguada figura, aunque consiguió decir:

—Bueno, pues… Mi caso es distinto. Yo… ¡Yo nací vivaz! ¡Listo! ¡Inteligente! Sé organizar y disponer, tomar decisiones por los otros y…

—Y aprovecharse de ellos, ¿no, señor «Mouse»?

Una vez más fue Rossie la que suavizó el ambiente, al levantarse y proponer, mirando al exterior por el ventanal:

—¿Qué tal un paseo por ahí fuera? ¡Hace una noche estupenda!

—Sí, ya es hora de cerrar —aceptó Martha.

Como por arte de magia en la mano de Mike Olin apareció un billete de mil, que hizo exclamar a la camarera pelirroja:

—¡Huy! ¡Dios santo! ¿Dónde va usted con eso, señor Olin?

—Debo pagar el champaña, ¿no?

—¿Y usted cree que puedo tener cambio?

—Martha me lo apuntará en mi cuenta —propuso Billy Conn.

—Nada de eso, muchacho —rechazó al punto Mike—. Te estás deslomando todo el día por la carretera por cuatro centavos y… Además apenas bebiste champaña. Si no tiene cambio que me lo apunte a mí.

Ya salían los cuatro al exterior, cuando el rumboso promotor de boxeo añadió festivo, aún la mano alzada mostrando el billete:

—¡Y además con veinte dólares de propina, por su amabilidad y simpatía!

CAPÍTULO VIII

Cerraba la entrada del «Pájaro Azul» Martha, cuando Billy Conn se inclinó sobre ella al musitar:

—No te vayas con ellos, chiquita. Dije que aún tenía que repartir unas cajas, pero en realidad ya he terminado. ¡Vine a buscarte!

—De acuerdo, amor. Me llevarás en el camión al hotel.

Los dos se volvieron para alcanzar a la otra pareja, cuando de pronto los músculos de Billy Conn quedaron tensos. Al fondo, en la parte trasera de su camión, la silueta de un hombre parecía forcejear con una palanca.

El joven camionero no lo pensó dos veces y salió corriendo hacia allí, al tiempo de gritar a la noche:

—¡Quieto, ladrón!

Sorprendido, aquel hombre no quiso huir. Más bien se dispuso a la defensa y, enarbolando la palanca de hierro, intentó golpear con ella a Billy Conn, quien una vez más tuvo que demostrar su asombrosa facilidad para la lucha.

Flexionó la cintura, esquivó el golpe agachándose, para al instante volver a alzarse y castigar a su vez con los puños al presunto ladrón.

El desconocido cayó como fulminado por un rayo.

Jadeante, Billy Conn fue a inclinarse sobre él, cuando una voz muy conocida parecía reprocharle:

—¿Por qué le golpeaste así?

El joven camionero quedó perplejo y buscando los ojos de la pelirroja a su vez indagó molesto:

—¿Pero es que no viste que intentaba robar en mi camión, Martha?

—No sabes si iba a robar.

—¿Y esa palanca de hierro, qué? Me atacó con ella y si me llega a dar en la cabeza me mata.

Inesperadamente, la voz de la mujer rubia pareció ascender desde el suelo al anunciar:

—¡Usted sí que le ha matado a él!

Billy Conn se hundió aún más en su asombro. Al volver a bajar la vista hacia el hombre tendido vio a Rossie y a Mike, que parecían estar examinando el golpeado. El promotor de boxeo se esforzaba en captar el pulso sobre el cuello y una de las muñecas del agredido y sentenció al parecer aterrado:

—¡Dios santo! ¡Es cierto, Billy! ¡Este tipo ya no respira!

—¡No! ¡No es posible!

Pero Billy Conn no llegó a inclinarse. Visiblemente afectada Martha se había abrazado a él temblorosa, pugnando para que la tomase en sus brazos al gemir convulsa:

—¡Oh, Dios! ¿Qué has hecho, Billy? ¿Cómo pudiste golpearle así, mi amor?

—Martha, yo… Ya te dije que él… él… ¡No llores, chiquita!

Mike ya se había incorporado y al unirse a ellos recomendó:

—Bien dicho, Billy: no es hora de llorar, sino de tomar decisiones.

—¡Pero le ha matado, señor Olin! ¡Le ha matado!

La histeria de Martha era bien visible y sacudiéndola por los brazos Mike Olin pareció reprochar:

—¿Bueno, y qué? ¿No vio que ese tipo intentó matarle a él? Billy tiene razón: de acertarle con la barra de hierro, ahora sería él quien estaría tendido ahí.

Aún inclinada sobre el agredido, la voz de Rossie recomendó al indicar con un brazo extendido:

—¿Queréis dejar de gritar? Aún hay gente en la gasolinera y nos pueden oír.

Empezando a perder su característica serenidad ante aquellos hechos, Billy Conn la objetó:

—¡Nada tenemos que ocultar, señorita!

—¿Le parece poco un cadáver? —volvió a recordar Rossie, para añadir con voz más burlona—: ¿O es que quiere que llamemos a la policía?

—¡Deberíamos hacerlo!

—No seas niño, Billy —empezó a consolar Mike Olin.

—Todos ustedes han visto lo que ha pasado.

—¡Cierto, muchacho! Los tres declararíamos a tu favor… Pero eso de la policía…

—¡Yo me marcho de aquí! —anunció Rossie, como aterrada.

—¡No! —se interpuso Mike, tomándola por un brazo—. Nada de perder los nervios, amigos.

—¿Qué podemos hacer? —musitó quedadamente Martha.

Seguía fuertemente pegada al confuso Billy Conn, quien como obsesionado no dejaba de mirar a su víctima, al hombre caído.

Tuvo que dejar de mirar al suelo al oír los pasos precipitados de Mike al alejarse. Por un instante temió que aquel hombre antipático les dejaba con aquel problema, cuando ya desde lejos le escucharon prometer:

—¡Ahora mismo vuelvo!

—¿Qué va hacer? —indagó Billy Conn, buscándole los ojos a Rossie.

—No lo sé, Billy... Pero Mike siempre es un hombre de muchos recursos.

—Sí, señorita... ¡Ya lo dijo él mismo!

Minutos después, Mike se acercaba al volante de su coche y nada más saltar del vehículo solicitó con viveza:

—¡Ayúdame, Billy!

—Pe... ¿a qué debo ayudarle?

—Vamos a meter a ese tipo en el coche y lo arrojaré lejos de aquí. Rossie vendrá conmigo y mientras tanto tú llevas a Martha en el camión.

—Pe... pero... yo... yo, señor Olin...

—No se hable más, chico. ¡Aquí no ha pasado nada! —y encarándose también con las dos mujeres machacó enérgico—: ¡Absolutamente nada! ¿Entendido?

—Sí, Mike —asintió Rossie.

Martha ya había soltado a Billy Conn y a su vez dudó:

—¿Cree que es lo mejor, señor Olin?

—¡Pues claro, mujer! Yo no quiero líos con la policía y Billy debe hacer lo mismo... ¡Vamos, chico! No debemos perder más tiempo.

—Pero, señor Olin, yo... yo...

Diligente, dispuesto a cumplir su plan, Mike, que estaba aferrando al caído bajo los sobacos cuando azuzó, empezando a irritarse:

—¡Maldita sea! ¿Es que también hay que rogarte para esto? ¡Lo

hago para salvarte, leñe! Mira que me largo y te dejo con este «paquete»... ¡Ya te estás agarrando a sus piernas!

Ya lo hacía el joven camionero, cuando en la oscuridad de la noche lamentó:

—No comprendo cómo he podido... ¡Solo le golpeé una vez!

—Estas cosas suceden, muchacho... ¡Uf! Cómo pesa el condenado. A veces, un buen golpe en pleno mentón, el cerebro se conmueve y... ¡Zas!

Ya la puerta del asiento posterior cerrada, Mike tocó el hombro del apesadumbrado joven y siguió animándole:

—No lo pienses más, chico... ¡Y arreando! Lárgate lo más lejos de aquí con tu camión.

—Es que... No sé si podré...

—Claro que podrás, hombre. ¡Tú tranquilo! Mañana haces las mismas cosas de todos los días, y así nadie sospechará. ¿De acuerdo, Billy?

—Sí... sí... Tiene usted razón, señor Olin.

—Pues arrea: la pobre Martha está que casi se desmaya.

La rubia Rossie ya estaba en el coche y desde el asiento delantero agitó su manita al decir:

—Sé que es absurdo desearle buenas noches, Billy. Pero... Siento que nos hayamos conocido así, amigo.

—Muy amable, señorita, y... y gracias a usted también.

—¡Bah! No tiene importancia, chico —pareció rechazar hasta jovial Mike—. Los amigos están para estas cosas.

El «Chevrolet» arrancó y Billy Conn no pudo evitar quedarse mirándole hasta que la noche se lo tragó. Todo aquello le había dejado sin iniciativas y hasta sin su natural aplomo. Ahora parecía más bien un niño grande, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Se sentía muy aturdido.

Y también muy triste.

Tremendamente afligido, porque había matado a un hombre. ¡Le había asesinado con sus puños!

Los cerró, miró a sus manos y se puso a llorar.

Pero allí estaba Martha que, nuevamente abrazada a él le musitó:

—Vamos, mi amor... ¡Yo haré que olvides esta pesadilla!

CAPÍTULO IX

Tras hojear varios ejemplares de la prensa, Billy Conn anunció con la voz baja:

—¡Nada!

La pelirroja Martha fregoteó el mostrador mirando de soslayo a otro cliente que sorbía su café al fondo de la barra, musitando a su vez:

—Basta de preocuparte, cariño: deberías estar haciendo tu ruta.

—¡Es que no puedo, Martha! Siento como unas nauseas aquí y el estómago me...

—El señor Olin recomendó que hicieses lo normal: lo de todos los días.

—¿Qué habrán hecho con el cadáver?

—¡Vaya pregunta, cariño!

—Me refiero a que... ¿dónde lo habrán arrojado?

—El señor Olin tiene la cabeza muy bien puesta. Es muy posible que la policía tarde varios días en encontrarle.

Y dispuesta a alejarse para atender a dos camioneros que entraban en el «Pájaro Azul», la camarera pelirroja aún añadió, siempre la voz queda:

—Termina de beber el café y márchate, Billy. ¡Es lo mejor!

—¡Está bien, Martha! Volveré a la noche.

—Adiós, cariño: y no te preocupes por nada.

Pero Billy Conn no pudo olvidar nada de todo aquello. Durante algunos días realizó su trabajo como sonámbulo, conduciendo su camión en la ruta diaria como si ya estuviese sentado en el banquillo de los acusados.

Y el fiscal acusador era él mismo: su propia conciencia.

No había vuelto a ver a Mike Olin, ni a la rubia Rossie, quizá porque, asustados, preferían no volver por el «Pájaro Azul». Cuando le preguntó a Martha al respecto, la pelirroja respondió:

—Hacen bien en no asomar las narices por aquí. ¡Bastante se complicaron los dos, por ayudarte!

—Eso es cierto, chiquitita. Nunca lo hubiese pensado, en un tipo tan egoísta y vivales como ese «Mouse».

—No vuelvas a llamarle así, por favor. Su apellido es Olin.

Una semana después del «accidente» —Martha aconsejó a Billy que lo llamase así, para huir de la palabra «asesinato»—, la que se presentó en el «Pájaro Azul» fue Rossie; venía tan elegante y atractiva como siempre y acompañada de un cincuentón, fuerte y robusto, al que Billy Conn identificó al instante.

Se trataba del viejo entrenador Virgil Ross, quien al ofrecer noblemente su mano al joven camionero comentó:

—Nunca pensé que volveríamos a vernos, amigo.

—Ni yo —dijo Billy Conn—. Aunque usted no tuvo la culpa de aquella pelea con Jack Burns.

—El pobre aún anda mal con su quijada: le han tenido que escayolar.

—Lo siento.

—Olvida eso —aconsejó Rossie—. Estamos aquí para otra cosa.

Billy Conn sintió fijos en él los bellos ojos de aquella hermosa mujer rubia, mientras les informaba:

—Nos envía Mike. Dice que lo más prudente es que Billy se despida de la Compañía donde trabaja.

—¿Por qué? —quiso concretar el interesado.

—Por unos amigos, Mike se ha enterado que la policía ha empezado a investigar la desaparición de un hombre llamado Palmer Mayer. Las señas personales de ese tipo coinciden con las de aquel… ¡Ya sabes, Billy!

—Sí, sí… ¡Siga, por favor!

—Bien: así las cosas, ahora lo más prudente es que te esfumes de aquí, Billy.

—¿Pero no dijo el señor Olin que debía seguir trabajando y…?

—Lo has hecho durante estos diez días e hiciste muy bien. Pero ahora…

—¿Y dónde diablos voy a ir?

—De momento a mí casa —intervino Virgil Ross—. Tengo un gimnasio en Santa Mónica Bay, a unas millas de Los Ángeles y allí, entremezclado con otros muchachos a los que entreno…

Así cambió la vida tranquila y sosegada del joven camionero Billy Conn…

No tardó en integrarse con los otros jóvenes que acudían al gimnasio, terminó aceptando la propuesta de Mike Olin, y como además parecía haber nacido para calzarse los guantes de boxeo, bajo los expertos consejos del veterano Virgil Ross, antes de dos meses hacía su debut sobre un *ring*.

Billy Conn ganó a su primer rival por KO: se llamaba Jess Hart y le venció en el quinto asalto.

Su segunda pelea se la ganó al correoso Max Firpo, que también besó la lona con un rotundo «Knock-out» en el octavo asalto.

El negro Ezzard Walcott fue el tercero, aunque la decisión del árbitro aquella vez fue por KOT, o sea un KO técnico como una casa de grande.

La cuarta victoria del ascendente Billy Conn tuvo lugar en San Diego, contra el mexicano Pascual Moreno, al que envió al país de los sueños en el segundo asalto.

Todo el mundillo pugilístico del país empezó a interesarse por el nuevo pupilo de Mike «Mouse», quien loco de contento y frotándose las manos le anunció a su boxeador:

—¡Y ahora a Los Ángeles, Billy! Aunque allí tendrás que roer el hueso más duro, muchacho. ¡Te espera nada menos que Maxim Chuck!

El viejo Virgil le preparó bien, y lo del bestia de Maxim Chuck resultó un paseo triunfal. ¡Le tumbó en el primer asalto! Exactamente al minuto y medio de comenzar la pelea.

Toda la prensa deportiva del país se hizo eco de aquella fulminante victoria de Billy Conn, que desde Los Ángeles voló a Las Vegas para medir sus puños con Yoshio Shirai, el japonés pupilo de Buck Cassidy, promotor de Boxeo de Nueva York, que siempre andaba buscándole las cosquillas a su más odiado «amigo»: a Mike «Mouse».

Nervioso, en su elegante *suite* del «Tropical», prácticamente mordisqueando el largo purito, en la víspera de aquella velada Mike Olin le dijo a su boxeador:

—Si tumbas a ese amarillo ya estás en la rampa, Billy.

—¿En qué rampa, señor Olin?

—¡En la de la fama, chico! Te lo prometí y estás viendo que lo cumplo... ¡Machácale! ¡Tritúrale! Hazle pedazos la jeta y te prometo que tu próximo combate será con Joey Charles.

—¿No es el campeón de California?

—¿Y a ti qué, Billy? Tú tienes dinamita en tus puños. ¡También acerté en eso!

—Antes tengo que vencer a ese japonés.

—¡Le vencerás! Tienes que machacarle antes del tercer asalto.

Otra vez Billy Conn tuvo suerte porque, superándose a él mismo, el japonés Yoshio Shirai quedó «dormido» sobre la lona antes de finalizar el segundo asalto, y después de haber rodado por ella tres veces nada más empezar el primer *round*.

Todos los asistentes se entusiasmaron con aquel combate, dado que el púgil nipón había llegado desde su país precedido de una gran fama, que había cimentado en Nueva York, pero que rodó por el suelo en Las Vegas.

¿Resultaba cierto lo que aseguraba Mike «Mouse»? ¿Era verdad que su pupilo Billy Conn tenía dinamita en los puños?

La contestación a esas preguntas tuvo lugar en San Francisco, donde en el «Seraton-Palas» de la capital de California, Billy Conn venció a puntos, aunque por mucho margen, al campeón del Estado.

Al satisfecho Mike «Mouse» le llovieron las ofertas: Oklahoma, Florida, Virginia, Kansas, Chicago y hasta desde el mismo Nueva York, le telefoneaban para ofrecerle combates para su boxeador. Todo el mundo pretendía explotar aquel filón, que además de estar barriendo a todos sus contrarios, fuera del *ring* resultaba muy masculino y atractivo, sobre todo para las mujeres.

En pocos meses Billy Conn pasó a convertirse en un auténtico ídolo del cuadrilátero, apareciendo su fotografía en muchas revistas en las más variadas poses, generalmente con los guantes y lanzando uno de sus formidables puños contra el lector.

Fotos de indudable impacto.

¡Hasta junto a Miss América apareció!

Y sin embargo…

Sí: sin embargo Billy Conn no se mostraba muy feliz. Ya conocía el triunfo, la fama, la celebridad y podía saborear el placer de sentirse «alguien». Sus grandes manazas ya no tenían que conducir un pesado treinta toneladas, ni sentir frío o calor en las carreteras. Ahora conducía un lujoso automóvil y hasta vestía casi tan elegante como el mismo Mike «Mouse».

Pero las peleas que más le costaba ganar eran las que se veía

obligado a sostener dialécticamente con su propio promotor. Y ello porque, si Mike «Mouse» siempre se mostraba rumboso en lo tocante al exterior, en lo que todos podían ver y hasta palpar, en lo que trascendía hacia la publicidad y propaganda, en lo que se refería al dinero se mostraba muy remiso a soltar un dólar…

Era desesperante y Billy Conn comentaba estas cosas con la pelirroja Martha, que había dejado su empleo en el «Pájaro Azul» y ahora sí que se había pegado a él como uña a la carne.

—Tiene muchos gastos, cariño —le excusaba Martha.

—¡Claro! —estallaba él—. Porque aquí todo el mundo vive como reyes.

—¿Te molesta que me compre vestidos y alguna que otra joya?

—No lo digo por ti, Martha. ¡Pero yo tengo que enviar dinero a mí madre y hermanas!

—¡Oh! ¡Ya estás otra vez con tu familia! ¡Que latazo, cariño!

—¡Son los míos, diantre! ¡Los quiero!

—Sí, y a esa mosquita muerta que te espera en tu pueblo también, ¿verdad?

—Nunca te lo he negado, Martha. ¡Me casaré con ella!

—¿Sabes lo que te digo, Billy? Que eres un desagradecido. Antes tenías que reventarte a trabajar, y apenas podías enviar unos dólares a los tuyos, como tú dices. En cambio, ahora… ¡Y encima te quejas!

—¡Maldita sea! Ese ratón se está haciendo rico conmigo, Martha.

—Y tú lo serás gracias a él. ¡Sin Mike Olin tú no serías nada, Billy! ¡Nada!

—Sabes que acepté porque… en aquellas… aquellas circunstancias yo…

—¡No me lo recuerdes! Fue el señor Olin el que te salvó de aquel «accidente».

Con la rubia Rossie no se atrevía a hablar de sus problemas. Y no solo porque Rossie era la «amiguita» de Mike «Mouse», sino también porque, ¿qué podía decirle a aquella mujer, que también iba enganchada en el carro triunfal?

Solo le quedaba Virgil: su veterano entrenador quien resignadamente se limitaba a decir, tras mover sus hombros:

—Mike «Mouse» siempre fue así… ¡No tiene arreglo, Billy!

Y llegaron los viajes a Londres, a París, a Roma y a Madrid,

donde un forzudo vasco de 112 kilos, le partió las dos cejas y le aguantó de pie hasta el último *round*, dando el árbitro la pelea por nula.

Decisión que se discutió mucho en la prensa, y que dio pie para que desde Tokio, en una lluvia de declaraciones, el nuevo *manager* de Yoshio Shirai retase muy ufano:

«Que venga aquí Billy Conn y ahora Yoshio le tumbará en el primer asalto».

Listo como un ratón, Mike Olin no se apresuró a recoger aquel guante lanzado. Incluso a su vez hizo unas declaraciones que dejaban entender que su boxeador ahora no se encontraba listo para aquella revancha.

El promotor del japonés se envalentonó más. Hasta habló de «miedo» y subió la oferta: si Billy Conn no acudía a Tokio era por ser un cobarde. Allí los sucios manejos de su promotor Mike «Mouse» no podrían hacerle ganar aquel combate.

Fue cuando Mike exclamó feliz:

—¡Ya lo tenemos! Hoy mismo salgo para Japón y concertaré esa pelea, Billy… ¡Ellos y nosotros ganaremos una millonada!

—Un momento, señor Olin… No es que tenga miedo como dicen, pero si es cierto que llevo muchos combates seguidos. ¡Me siento cansado!

—Billy debería descansar —aconsejó a su vez Virgil Ross.

Pero Mike Olin rechazó, encendiendo otro de sus habanos:

—No os preocupéis, amigos. ¡Yo lo arreglaré todo! Y ganarás ese combate del siglo, Billy! ¡LO GANARAS!

Lo ganó.

Mike «Mouse» sabía siempre muy bien lo que hacía…

CAPÍTULO X

Fue un regreso triunfal.

Todo Nueva York se vistió de gala. Los papelillos llovieron en la Quinta Avenida sobre los hombros de Billy Conn, sentado sobre el capot de un soberbio descapotable, en aquella ocasión conducido por la rubia Rossie, puesto que junto a ella Mike «Mouse» también alzaba los brazos, como reclamando los aplausos y atención también para él.

Los motoristas de la escolta apenas lograban abrirse paso y así llegaron ante el «Walfog-Astoria», donde en la recepción y rueda de prensa Mike se despachó a su gusto, hablando del próximo combate, en donde su pupilo le disputaría el campeonato del mundo de los grandes pesos a Kid Tano, con una bolsa en juego astronómica.

—Te lo prometí y ahí lo tienes, Billy —le palmeó las anchas espaldas al ex camionero—. ¡Ya estamos en la cúspide, muchacho! ¡En los aledaños de la gloria!

—Sí, señor Olin. Pero ahora necesito descansar. ¡Lo necesito mucho!

—¡Qué bobada, chico! ¡Tienes el campeonato al alcance de tus puños!

—Antes iré a mí pueblo, veré a mí madre y familia... ¡Y me casaré con Lolita!

—¡Ni hablar, Billy! Casarte ahora, sería nocivo para tus entrenamientos. Virgil solo tiene un mes para prepararte para ese combate.

—Aplace esa pelea, señor Olin —apoyó el viejo entrenador—. Ahora usted puede exigir.

—Ni hablar, viejo. Billy está lanzado y de ti depende el prepararle bien.

Como tantas otras veces, no hubo forma de razonar con Mike Olin. Era un hombre acostumbrado a mandar y a imponer su voluntad: sabía aducir mil argumentos y su ultimátum fue:

—O peleas dentro de un mes contra Kid Tano... ¡O nunca alcanzarás el campeonato! ¡Yo sé lo que me digo! Y nada de viajes a visitar a la familia ni mucho menos casarte. ¡Ya tendrás tiempo de hacer todo eso!

Por su parte, Billy Conn se refugió en sus habitaciones del hotel, anunciando a su vez que se lo pensaría: si era preciso llegaría hasta romper con su *manager*.

Mike Olin tomó un poco de miedo y le encargó a su amiguita que fuese a convencer a Billy Conn. No podían romper sus relaciones con aquel filón de oro, pero, al mismo tiempo, el joven boxeador nunca debía pensar que era él quien aflojaba.

Cuando Rossie entró en la habitación de Billy Conn, le encontró haciendo las maletas. Se alarmó, pero la mujer rubia le ofreció la mejor de sus sonrisas y apuntó:

—Líbrate de Mike si así lo quieres, Billy. Pero yo que tú no me iría a ese encantador pueblecito de Texas.

—¡Ya estoy harto, Rossie! ¡Es un explotador y me voy!

—¿Y perder la ocasión de tu vida, amigo?

—Mi vida, mi verdadera vida, está junto a los míos, Rossie. No me gusta todo esto del boxeo y, si acepté, ya sabes por qué fue. Me encontré desorientado, sin saber qué diablos hacer ni adónde ir. Por otra parte, creí que debía mostrarme agradecido a Mike y a ti y yo...

—Olvida todo aquello, Billy. Pero si te vas, si llegas a casarte con esa Lolita, yo... yo...

Le miraba directamente a los ojos y el joven, ya bajo el poderoso atractivo de aquella hermosa mujer, empezó a suplicar al tomarla las manos:

—Por favor, Rossie... ¡No me lo hagas más difícil! Tú no sabes el trabajo que me ha costado mantenerme alejado de ti, porque yo...

—¡Bésame, Billy! —solicitó vehementemente la mujer—. ¡Yo también hace tiempo que deseo ser tuya!

—No, Rossie, yo... No debemos...

Pero ella se abrazó ansiosa al cuello masculino, buscó con afán los labios del joven y fuerte boxeador y su hábil lengua empezó a bucear en aquella boca el cálido aliento que comenzó a enajenar sus sentidos. Sus ojos, en silencio, pidieron que la librase del vestido y el joven, casi con reverencia, muy despacio, fue retirando las prendas de aquel lujurioso cuerpo de mujer que se le rendía.

Aquello era el delirio porque, además, Rossie tenía un gusto exquisito para elegir sus prendas íntimas y aumentar con ellas la enorme potencia sexual de su tórrida naturaleza. El sostén de encaje que permitía atisbar en el principio de sus pechos voluptuosos y que formaban un círculo en el centro, por dentro emergían con arrolladora violencia en los pezones que los coronaban. Aquella prenda era toda una maravilla de provocación, un grito al deseo imposible de resistir.

Billy Conn casi no llegó a enterarse de que ella a su vez también le desnudaba, porque tras retirar aquel sostén se entregó febril a sus pechos, casi morbosos, calientes ya como una fragua, berroqueños y que ella le rendía como a un señor feudal.

La lujuriosa Rossie empezó a mover su cuerpo en excitantes espasmos, y cuando empezó a intensificar aquel enloquecedor vaivén, Billy Conn la escuchó rugir, jadear, zozobrar excitándose al máximo hasta que los dos alcanzaron el orgasmo con plenitud enloquecedora.

Permanecieron así abrazados estrechamente, hasta que todo terminó. Luego, se miraron en absoluto silencio hasta que la mujer confesó, la voz muy queda:

—¡Te adoro, Billy! ¡Tú sí que eres todo un hombre, no ese sietemesino de Mike!

—Me gustas, Rossie —admitió él a su vez—. ¡Siempre te deseé mucho y lo sabes! Pero yo… ¡Yo me casaré con mi adorable Lolita!

—No me hables de esa pueblerina ahora, mi amor. ¡Yo haré que la olvides!

En aquel instante, una voz muy conocida de los dos, rechazó con cólera y rabia:

—¡No lo conseguirás, zorra! ¡Porque ahora mismo te largas de aquí!

—¡Mike!

—¡Señor Olin!

Avanzando más hacia el lecho, Mike Olin continuó bramando:

—¡Cerdos! ¡Debí figurarme una cosa así, cuando la mirabas con ojos tiernos, bribón! Y tú, ramera viciosa… ¿Qué me tienes que decir?

Incorporándose desde el lecho y medio cubriendo su total desnudez con la colcha, al fin Billy Conn pudo reaccionar al pedir:

—¡Basta de insultos, señor Olin! ¡Salga ahora mismo de aquí o no... no respondo! Esta es mi habitación y no tiene derecho a...

—¡Tengo derecho a todo, estúpido! Yo te saqué de la nada... ¡Pero no para burlarte de mí!

—¡Dije fuera de aquí! Rossie es libre... ¡Y yo también!

—Claro que esa zorra es libre... ¡Pero para volver al fango, de donde la saqué! ¡Y se irá ahora mismo, pero con lo puesto!

Poco era lo que en aquellos instantes Rossie Gayner llevaba puesto sobre su cuerpo, pero a su vez gritó:

—¡Pégale, Billy! ¡Arráncale la cabeza a ese «ratón» renacuajo!

—¡No lo hará, estúpida! Ese fatuo pelele sabe muy bien lo que se juega si obra así. Además de que es mentira que sus puños tengan dinamita... Yo, yo he sido quien ha propagado todo eso. ¡He sido yo el que casi le he convertido en campeón! Todas sus peleas las he arreglado yo, Mike «Mouse», sí, el «ratón» que ha sabido llevarle hasta la fama.

—Eso es mentira, señor Olin —rechazó muy confuso el joven boxeador.

—¿Mentira, imbécil? Pregúntale a Virgil y él te lo dirá... ¡Aún estarías conduciendo un camión, de no ser por mí!

—¡Miente le digo! ¡Mis puños saben golpear!

—No me hagas reír, hijito. De no intervenir yo con mis manejos... ¡Ni un solo combate habrías ganado!

La desilusión de Billy Conn fue tan grande, tan profunda y dolorosa, que avanzando unos pasos tomó por la pechera de la elegante camisa a Mike Olin y amenazó, su otro puño ya dispuesto a castigar:

—¡Maldito buitre! ¡Tú sí que sabrás si duelen mis puños o no!

Ante la terrible amenaza de aquel formidable puño que podía destrozarle, el inteligente y astuto Mike «Mouse» empezó a pedir:

—¡Calma, chico, tranquilo! Tú... tú y yo aún podemos arreglar todo esto, Billy... No perdamos la cabeza, por favor.

Rossie había salido de la habitación a medio vestir y, totalmente recuperado de su cólera, el promotor de boxeo aún añadió:

—¡Bah! Déjala que se vaya... Mujeres como Rossie las hay a patadas... Tú y yo no tenemos por qué pelear por una golfa así, muchacho.

—Pero usted ha dicho que yo... ¡Que mis puños no valen! Que

todas mis peleas las arregló.

—¿Y qué importa todo eso ahora? Lo que interesa es que pelearás con Kid Tano… ¡Y que serás el campeón! ¡El campeón del mundo! ¿Lo entiendes, Billy? ¡EL CAMPEÓN!

—¿También ha «arreglado ese combate»?

—¿Y qué si fue así? A ti lo único que te interesa es que Virgil te prepare muy bien y en paz, hombre.

—¿Es que no puede haber nada limpio, señor Olin?

—No seas ingenuo, muchacho. Las cosas son como son y en paz… ¿Cuándo vas a salir, de una condenada vez, de ese mundo infantil y romántico? Donde hay en juego dinero siempre hay trampas y arreglos, y donde hay componendas siempre hay ganancias, hombre. Mike Olin nunca fue un estúpido, Billy. ¡Nunca!

—¿Me está diciendo que Kid Tano se dejará ganar?

—¡Pues claro que no, hombre! Yo no he dicho nada de eso. Te aseguro que ningún campeón hace tongo, cuando se trata de defender su corona, Billy. Pero tú le vencerás. ¡Sé que tú le tumbarás, chico!

—Como antes dijo que todos mis combates…

—Olvida todo eso, y hasta lo de Rossie —continuó plegando velas astutamente el *manager*—. Pero mentalízate de una vez que lo tuyo es entrenar, entrenar y entrenar. ¿Ha quedado bien claro, Billy?

La respuesta fue el silencio del joven, dándole pie a Mike Olin a rematar:

—Pues mañana mismo de cabeza al gimnasio, Virgil te pondrá a punto, campeón.

Y con un resuelto «No se hable más» y frotándose las manos también abandonó aquella habitación.

CAPÍTULO XI

Pero Billy Conn no era capaz de superar su profunda desilusión y tristeza.

Ahora resultaba que, en los últimos tiempos de su vida, todo había sido falso, una pura comedia.

El, que siempre había soñado con la honestidad y la verdad, solo había vivido una farsa. Una hábil tramoya montada por el astuto Mike «Mouse», que tenía la «virtud» de ensuciarlo todo, de enredarlo todo, de enlodarlo todo.

Ingenuamente, casi de una forma estúpida e infantil, él se había dejado arrastrar y envolver en aquellos manejos. En toda la gigantesca mentira de aquellos combates que en realidad no había ganado por la valía y dureza de sus puños, sino más bien por las hábiles trapisondas de un tipo como Mike «Mouse».

¡Le odiaba!

Y su aversión por Mike «Mouse» se hacía más profunda a medida que Billy Conn se autoanalizaba. Y ello porque allá, muy en el fondo de él mismo, se había sentido muy feliz y triunfante a medida que fue venciendo obstáculos y enemigos tumbados en la lona.

¡Había sido aquel un sueño tan hermoso, tan maravilloso...!

Pero ahora...

Ahora se sentía un don nadie. Un auténtico pelele en las manos de aquel Mike «Mouse». Incluso se sentía menos que cuando solo era un simple camionero.

Cada vez que el viejo Virgil le hacía calzar los guantes para los entrenamientos, Billy Conn se miraba los puños cerrados y no podía sentir vergüenza.

Era algo que le dolía por dentro, muy hondo.

Cuando al fin estuviera ante su madre y familia, ante su idolatrada Lolita, ¿cómo les podría explicar todo aquello?

Se lo notarían en la cara, ellos que le conocían tan bien.

Todo aquello le tenía muy preocupado y casi no podía prestar atención a lo que hacía, dando lugar que el veterano entrenador

Virgil le preguntase malhumorado:

—¿Pero qué diablos te pasa, Billy? ¡No prestas atención! ¡Cubre el rostro con el guante! ¡Baja ese codo! ¿Y qué hay del movimiento de tus piernas? Estás sobre un *ring*, chico, no en una pista de baile... ¡Más rápido! ¡Más, mucho más, muchacho!

—No puedo, Virgil... ¡No puedo!

—¿Cómo que no puedes, un fortachón como tú?

—Es que... No hago más que preguntarme para qué todo esto.

—¿Cómo para qué? ¿Es que no quieres ser campeón?

—¡Bah! Eso ya lo habrá «arreglado» Mike «Mouse».

—En eso te equivocas, Billy... No niego que, algunos de tus combates, no los haya amañado ese «ratón». Necesitaba lanzarte y en eso es todo un experto. Pero en lo tocante a Kid Tano... ¡Te aseguro que ningún campeón se deja arrebatar así como así su corona!

—Lo mismo me dijo el señor Olin, pero... Ya no le creo nada. ¡Nada de lo que diga o haga, Virgil!

—No seas niño y empléate a fondo en los entrenamientos. ¡Es lo único que te interesa!

—Eso también me lo dijo el señor Olin.

—Y es lo que tienes que hacer. ¿Seguimos?

—No, Virgil: por hoy ya hay bastante. Me voy a la ducha y luego daré un paseo.

—De acuerdo, Billy. ¡Pero no caviles mucho, muchacho! Nos veremos en la cena.

Pero Billy Conn aquella noche no acudió a cenar con su entrenador. Durante el paseo de la tarde en torno al bosquecillo vecino al gimnasio, la «casualidad» quiso que se encontrase con la rubia Rossie que le contó muchas cosas.

Cosas que aún le hundieron moralmente más.

En su despecho por haber sido despedida con cajas destempladas por Mike «Mouse», la mujer rubia fue totalmente sincera con él. Así se enteró Billy de otra gran farsa, aquella vez montada incluso con la colaboración de la pelirroja Martha, que había entrado también en el juego de Mike Olin por unos dólares.

Por dinero y porque más tarde se pegaría como una lapa a Billy Conn, cuyo papel sería el representar el «roll» del joven boxeador triunfador, de los «puños de dinamita».

—Tú no mataste a aquel hombre que fingió que robaba tu camión, Billy —le dijo Rossie—. Solo fue un truco de Mike.

Confuso, más hundido en su perplejidad, solo había acertado a indagar:

—¿Có… cómo dices, Rossie?

—Que todo fue preparado por Mike, para que, al sentirte inseguro y acorralado, agradecido aceptases al fin sus ofertas de convertirte en boxeador…

—¡Dios santo! ¿Y tú y Martha aceptasteis representar vuestro papel?

—Mike nos lo exigió y nosotras…

—¡Fuera! ¡Déjame, Rossie! Vuelve a tu coche y no vuelvas a acercarte a mí. ¡Nunca! ¡NUNCA!

—Pero, Billy, yo…

—¡Os habéis burlado todos de mí! Me hundisteis en la desesperación, el dolor y la pena, por algo que no hice… ¡Nunca he vuelto a ser el mismo, desde que creí que había matado a aquel hombre con mis puños!

—Te comprendo, cariño… Pero ahora, yo… yo…

—¡Tú eres igual que ellos! ¡Exactamente igual que ese bribón de Mike y esa aprovechada de Martha! ¡Mentiras! ¡Todo nada más que embustes y mentiras!

—¡Te quiero, Billy!

—¡No te creo! Pero sí sé lo que tú quieres, Rossie: lujosos vestidos, joyas y dinero… Y como ahora piensas que voy a ser el campeón…

—Solo lo serás si Mike no lo arregla.

—En eso te equivocas, rubita. ¡Lo seré por mis propios méritos! ¡Por estos puños!

—Sigues siendo un niño, mi amor. ¡Quizá por eso me he enamorado de ti!… ¿No comprendes que Kid Tano te vencerá?

—¡Ya lo veremos! Me parece que todos os vais a llevar una gran sorpresa.

—Debes de entenderlo de una vez, Billy… Ese combate ya está amañado y esta vez… ¡A ti te toca ser el perdedor!

—¿Es eso cierto?

—Ya verás que Mike te lo pide así…

—¡No le haré caso! ¿Por qué ha de pedírmelo?

—Por dinero, Billy… Ese hombre siempre hace las cosas por dinero y esta vez apostará mucho por Kid Tano… que no dudará en ofrecerte públicamente la revancha en el *ring*… Para que la segunda vez sí que le ganes tú.

Billy Conn escuchó todo aquello en silencio, reflexionando hondamente al decidir arrastrado por la sorda cólera que sentía ante todos aquellos manejos:

—Pues cúbrete, rubita. Si quieres ganar unos miles de dólares ya puedes apostar todo lo que tengas por mí.

—¿Qué quieres decir, Billy?

—Está bien claro, Rossie. Que esta vez todo le saldrá al revés a ese granuja de Mike «Mouse».

—No, Billy… ¡No le contradigas! Y además, si te empeñas en ganar ese combate… ¡Kid Tano te destrozará, cariño!

—Te repito lo de antes, rubita. ¡Eso ya lo veremos!

—¡Pero será muy peligroso, mi amor!

—¡Me arriesgaré! Al menos, por una vez, pelearé de poder a poder.

—No lo hagas, Billy. ¡Mike no te lo perdonaría!

—¡Ya estoy harto de ese «ratón»! Esta vez seré yo el que juegue con él.

—¿Vas a decirle que aceptas perder?

—Por supuesto, Rossie… Así apostará por Kid Tano muy tranquilo. ¡Pero ya en el *ring* me partiré el alma por ganar!

—¡Oh, no, mi amor! ¡Eso será tanto como jugarte la vida!

—¡Me la jugaré! Y si consigo ganar, ese miserable «ratón» habrá perdido una fortuna… ¡Todo lo que me ha estado robando a mí!

—¿Pero no comprendes que si Kid Tano no termina contigo, luego lo hará Mike?

—¡Que se atreva! Ahora conozco todo su juego y ya veremos quién de los dos ríe el último.

—Tiene rufianes que le obedecen, Billy.

—Y yo tengo mis puños, Rossie. ¡Ya viste una vez lo que hice con ellos!

—Ahora sería muy distinto, Billy… Muy diferente y tu vida…

—Mi vida vuelve a pertenecerme. ¡Te aseguro que hacía tiempo que no me sentía tan bien, rubita!

Y tras alzar una mano, el joven boxeador se alejó por el bosque

dispuesto a hacer «footing».

¡Ahora sí que tenía que entrenar duro y bien!

Llorosa, la rubia Rossie volvió al volante del coche y a su vez también se alejó de allí.

Pero ella iba temblando, profundamente preocupada por si Mike «Mouse» llegaba a enterarse de las confidencias que había tenido aquella tarde con Billy Conn...

CAPÍTULO XII

Fue un combate terrible, colosal, casi infrahumano.

Una de esas peleas que enardecen al público y el ambiente en torno al cuadrilátero se llena de aplausos, voces, gritos, aullidos, improperios y hasta descarados y soeces insultos, según las preferencias por uno u otro púgil, cuando en los intercambios de feroces y duros golpes se castigan con la ciega voluntad de terminar el uno con el otro.

Una pelea épica, en la que estaba en juego algo más incluso que el campeonato del mundo de los grandes pesos.

Una lucha atroz, sin piedad, sin tregua.

Parecía mentira pero, después de haber derrochado facultades y toda serie de golpes hasta el doceavo asalto, los dos boxeadores se mantenían en pie y su afán por conseguir el KO no cesaba. Solo en el trece y en el catorceavo *round* tanto Kid Tano como Billy Conn empezaron a necesitar buscar el cuerpo a cuerpo con mayor continuidad, incluso a veces para mantener la vertical apoyándose el uno sobre el otro.

Pero el resultado final seguía sin adivinarse.

Hasta empezaron a brotar los que —deseando cubrirse de sus anteriores apuestas— arriesgaron más dólares por un combate nulo.

Nervioso, descolorido, con el rostro avinagrado y casi tragándose el purillo que masticaba, Mike «Mouse» fue uno de ellos y musitó al tipo que se sentaba a su derecha:

—Cruza treinta mil a que esta carnicería termina en tablas, Sam.

—¡Maldito sea! ¿No me dijiste que Billy Conn caería fulminado en el décimo asalto?

—Lo dije, Sam… ¡Pero no gruñas ahora y cruza esa apuesta, leñe!

—Nadie querrá, Mike… ¡Mira! ¡Billy Conn vuelve a zurrarle!

—¡No importa! Haz lo que te digo… ¡Kid Tano es demasiado para ese loco camionero!

El tipo llamado Sam se levantó pero, en aquellos instantes, tras

un nuevo cambio de golpes de los dos púgiles con la velocidad, la fuerza y los reflejos de los primeros *rounds*, después de una acertada series de «jacks» mantenidos con la derecha, Billy Conn acertó en pleno mentón de su formidable contrario con un «uno-dos» que resultó contundente.

Colosal y definitivo.

Kid Tano rodó por la lona sin sentido.

Totalmente «grogy».

El árbitro le contó los diez segundos fatídicos, pero lo mismo le hubiera podido contar cuarenta.

Billy Conn había ganado el combate por un claro K.O.

¡Era el nuevo campeón del mundo de los pesos pesados!

El local casi se vino abajo, pues no eran pocos los apostantes que deseando aprovechar la ventaja inicial del seis a uno concedido a favor del campeón, habían arriesgado sus dólares por el joven aspirante.

Y cuando una cosa así ocurre, todo el mundo del boxeo se conmueve.

También se ajustan «cuentas»: aunque la policía adivine la «tormenta» y se ponga a vigilar con más interés.

Cosa de días, nada más, claro: para cumplir las apariencias.

Naturalmente, Mike «Mouse» era de los que estaban que echaban las muelas.

Sapos y culebras también por la boca.

Aunque, siempre astuto, siempre «ratón», no hizo el menor comentario y liquidó sus apuestas sin rechistar. Incluso con el rostro sonriente y bromeando:

—Debí tener más confianza en mi boxeador. ¡Lástima!

No obstante, cuando el barullo hubo pasado y haciéndose acompañar por Sam y otro individuo malcarado, Mike «Mouse» decidió:

—Vamos a ver a ese camionero loco, muchachos.

—Es cosa mía, Mike. ¡Le enseñaremos a obedecer!

—Tú quieto, Sam. Aquí, el que decide soy yo.

—O.K., Mike.

Naturalmente, lo que Mike «Mouse» decidió fue lo más conveniente para él. Lo que más le podía hacer recuperar el dinero perdido en aquellas apuestas. Lo que le permitiría volver a

rehacerse y sentirse nuevamente uno de los «Reyes del Boxeo».

¿O acaso su pupilo Billy Conn ya no era el campeón?

Eso representaba mucho dinero, ¿no?

Así es que, después de considerar que ganaría mucho más si se mostraba comprensivo y amable con Billy Conn, olvidó su inicial idea de que su pupilo sufriera algún «accidente», y hasta le escuchó paciente cuando el muchacho explicó:

—No lo pude evitar, señor Olin. ¡Fue superior a mí!

—Pero habíamos quedado que en el décimo asalto tú…

—Lo sé, señor Olin. ¡Lo sé! Y lo pensaba hacer así. Pero luego, según me fui calentando… En el fondo, usted tiene la culpa.

—¿Yo, Billy?

—Sí, señor Olin. El otro día me acomplejó, cuando me dijo todo aquello de que yo siempre había ganado mis combates porque usted… usted había intervenido y…

—Te comprendo, muchacho. Y quisiste demostrarte a ti mismo lo que valías, ¿verdad?

—Así es, señor Olin. ¡Y demostrárselo a usted también!

—Bien, Billy… Pues estoy dispuesto a olvidarme de tu jugadita, si en la revancha que te ha pedido públicamente. Kid Tano… ¡Le vences otra vez!

—Descuide, señor Olin. ¡Volveré a noquearle!

—Por supuesto, chico. ¡De eso me cuidaré yo!

—¿Intenta decirme que ya ha «arreglado» esa revancha con el señor Buck Cassidy?

—Así es, Billy… ¡Y esta vez me desquitaré con las apuestas!

—Pero estarán a mí favor. ¡Soy el nuevo campeón!

—No te preocupes por eso. Daremos muchas ventajas y siempre habrá nostálgicos que así arriesgarán por Kid Tano.

Y como él sí que se tumbará en el séptimo *round*…

—Usted me dijo que un campeón nunca se vende, señor Olin.

—¿Lo dije? Eso son bobadas, Billy. ¿O es que no sabes que todo hombre tiene un precio?

—Dígame, señor Olin… ¿Cuánto le costará Kid Tano, para que se tumbe en el séptimo *round*?

—Deje eso de mi cuenta, muchacho. Lo tuyo son los puños, no las finanzas.

—Hablando de eso: necesito dinero, señor Olin.

—Ni hablar, chico. ¡Ya me hiciste perder mucho con tu sucia jugarreta!

—Lo recuperará en esa revancha.

—¡Uf! Para eso hace falta que pasen dos meses, Billy.

—Tengo que mandar dinero a los míos.

—Ya me cuidaré de tu madre.

—Y a mí novia también.

—De acuerdo, chico. ¿Cuánto para tú Lolita?

—¡Veinte mil en total!

—¡Uf! Les mandaré mil a cada una. ¡No puedo más, Billy! La verdad, muchacho.

Billy Conn no quiso forzar las cosas más y al variar de tema anunció:

—Necesito pasar unos días en una clínica. Ese bestia me ha partido una costilla.

—Diremos a la prensa que tres.

—La verdad, señor Olin. ¡Me zurró muy duro!

—Lo vi... ¡Pero tú aguantaste!

—Ya le dije lo que me prometí a mí mismo.

—Irás a la mejor clínica de Nueva York, Billy. ¡Eres el campeón!

Momentáneamente eso le había salvado de aquel bribón, por supuesto.

Cuando salían los tres individuos de aquella habitación, el tipo que respondía por Sam le dijo al hombre que le pagaba por sus «servicios especiales»:

—Has sido muy blando con él, Mike.

—No seas imbécil, Sam. ¡Nunca se mata a la gallina de los huevos de oro!

—Pero chicos así, cuando empiezan a atreverse a sublevarse, yo...

—Tú harías cualquier idiotez, Sam. ¡Lo sé! Esa es la diferencia entre tú y yo.

—La verdad, Mike. ¡No te comprendo!

—Pues escucha bien esto, Sam: antes de un año, Billy Conn estará hecho unos zorros de tantos golpes recibidos. ¿Comprendes ahora? Será cuando no le perdonaré nada y le arrojaré como lanzo la colilla de este purillo. ¿Lo ves, estúpido? Pero mientras pueda exprimirle y ganar pasta con él... ¡Le estrujaré hasta los huesos,

amigo!

CAPÍTULO XIII

Contrariamente a lo que esperaban la mayoría de los asistentes de la ansiada revancha a Kid Tano, en este segundo combate de los dos famosos púgiles Billy Conn no se mostraba acreedora a su celebridad.

Ni tan siquiera llegaba a conectar sus mejores golpes y, hasta a veces, se mostraba lento y como con falta de reflejos.

Como si no se hubiese entrenado debidamente y le faltase el fondo esperado en un peso pesado que, hacía dos meses, había ganado el título mundial tan brillantemente.

El mismo Kid Tano se mostraba sorprendido de la poca o nula agresividad de su rival, que constantemente le huía y que, además, cuando lanzaba sus puños lo hacía sin fuerza.

En su butaca del *ring*, Mike «Mouse» otra vez empezó a mordisquear nervioso y alarmado su largo purillo.

Junto a él, el tipejo llamado Sam musitó malicioso:

—¡Te lo dije, Mike! Ese chico te la está jugando otra vez.

—¡Cierra el pico, estúpido!

Pero, según iba transcurriendo el combate, el malicioso Mike «Mouse» empezó a preguntarse sí, en realidad, allí el estúpido había sido él. Lo que estaba haciendo Billy Conn sobre el *ring* no le gustaba.

No le gustaba nada.

¡Absolutamente nada!

Cuando Billy Conn fue alcanzado por un «crochet» que no llevaba mucha contundencia, pero que le tumbó en el tercer asalto, para no levantarse más, el promotor de boxeo no fue capaz de seguir sentado y animó a su escolta:

—Busca a los chicos, Sam.

—¡O.K., Mike!

—Esta vez, todo es tuyo.

—Será un buen trabajo, Mike. Un «accidente».

—Allá vosotros, ¡pero no le quiero volver a ver más! ¡Me ha

arruinado!

—Te lo advertí, Mike.

—¡Calla y a lo tuyo, Sam!

Pero, aunque lo intentó, el expeditivo Sam y sus «muchachos» nada pudieron hacer; encontraron al noqueado Billy Conn rodeado de periodistas y de su viejo entrenador Virgil Ross, quien anunció a todo el que lo quería saber que su boxeador se retiraba tras aquella derrota.

—Nunca le gustó el boxeo y lo deja. ¡Eso es todo!

Pero no era todo porque allí, como llovidas del cielo, también había cuatro mujeres: la madre de Billy Conn, dos de sus hermanas y una linda muchacha llamada Lolita; la prometida del púgil.

¿Quién las había traído desde Texas? ¿Por qué se empeñaban en seguir allí, bien pegaditas a Billy Conn?

Y otra cosa que también se preguntó Sam y sus «muchachos». ¿Quiénes eran los cuatro gigantes que permanecían en la entrada aquel cuarto?

—Parecen camioneros —adivinó Sam.

—Sí: deben ser amigos de Billy Conn. Antes él también fue camionero.

—¿Para qué los habré llamado, hoy precisamente?

Sam miró al compadre que hizo la pregunta y a su vez indagó, con la burla en los labios:

—¿A ti qué te parece, John?

—¿Para defenderse de nosotros, Sam?

—Chico listo, John. ¡Diste en el clavo!

—Entonces... ¿Qué hacemos?

—Esperar nuestra ocasión. A Mike no se le puede defraudar.

—Sí, pero con tanta gente en torno de Billy Conn...

—Esperar —volvió a insistir Sam.

Pero también resultó inútil porque, mientras el boxeador se vestía, el viejo entrenador Virgil Ross se acercó a Sam y, tras ofrecerle un sobre le anunció:

—Son unas letras para el señor «ratón», amigos.

—¿Te refieres a Mike Olin, viejo?

—¡Al mismo! En esa nota le avisamos que si Billy Conn recibe el menor rasguño, la menor molestia, hay una carta en cierta caja fuerte de un Banco que se hará pública.

—¿Qué quieres decir, viejo chivo?

—Que también me voy con ellos a cierto pueblo de Texas, para vivir allí en paz, lejos de toda esta basura del boxeo. Pero repito que si Mike «Mouse» intenta alguna venganza, lo sentirá... ¡Sé muchos tapujos y trampas de ese bribón, suficientes para que una Comisión Investigadora le cargue con mil años de cárcel! ¿Entendido, Sam?

—¿Y a mí qué me cuentas, Virgil?

—Os lo digo por si os interesa, Sam.

—¿A mí?

—¿No coméis el pan de Mike «Mouse»?

—¿Nosotros?

—Entonces... ¿qué diablos esperáis aquí?

—Pues... nosotros... Hemos... hemos venido a ver que tal está Billy Conn.

—Perfectamente. ¡Jamás recibió menos golpes en un combate!

—¡Pero si todos han visto que cayó en el tercer asalto!

—Kid Tano no le golpeó. Pero Billy se sintió mareado... ¡Y se tiró!

—¡Buena se la volvió a jugar a Mike!

—¿A qué te refieres, Sam? Habla... ¡Y hazlo claro! —No, nada... Nada: ya me entiendes Virgil.

—Perfectamente, Sam. Y por eso espero no veros nunca más.

Sam hinchó el pecho, rebufó, miró con ojos asesinos a Virgil Ross, pero terminó ordenando a sus «muchachos»:

—Vámonos, chicos. ¡Nada tenemos que hacer aquí!

* * *

Empapando sus pupilas del ancho panorama que se extendía a sus pies, Billy Conn abrió los brazos en cruz y con la sonrisa en los labios indicó:

—Aquí, Lolita. ¡Exactamente aquí levantaremos el rancho!

La muchachita se abrazó a la cintura masculina y a su vez aceptó:

—Donde tú digas, amor.

—Mi madre y mis hermanas nos ayudarán, el viejo Virgil se cuidará del personal... ¡Y pronto todo esto florecerá!

—¿Y no echarás de menos los aplausos, la fama, la gloria?

—¿Y qué es la gloria, Lolita? Te digo que si no es útil nuestra obra, es, al fin de cuentas, una estupidez. El sueño de una sombra, ya que al fin de cuentas, un solo instante de auténtica felicidad, vale más que mil años de celebridad.

—Me gusta oírte hablar así, Billy.

—Me he desengañado de ese mundo corrompido del boxeo, Lolita. Hombres como Mike «Mouse» abundan en él y todo lo ensucian, haciendo de un deporte noble y viril, un mundo de intereses sórdidos, egoísmos, trampas y humillaciones, para los que no pueden luchar contra esos «ratones».

—Aquí seremos felices, cariño.

—Cierto, Lolita. Porque la felicidad humana se forma, no tanto de acontecimientos extraordinarios de buena parte —que raras veces ocurren—, como con pequeñas adquisiciones que pueden lograrse todos los días.

—Aprendiste mucho, Billy.

—No es eso, Lolita. Es que, para mí, el paraíso sobre la tierra está sobre un caballo, en la salud del cuerpo y junto al corazón de la mujer amada.

La muchacha le ofreció los labios emocionada, y Billy Conn, el hombre que había sabido luchar a brazo partido, le besó apasionadamente.

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN